

Larrie D. Ferreiro

HERMANOS DE ARMAS

LA INTERVENCIÓN DE ESPAÑA Y FRANCIA QUE
SALVÓ LA INDEPENDENCIA DE ESTADOS UNIDOS



DESPIERTA FERRO



EDICIONES

HERMANOS DE ARMAS

DESPERTA FERRO



EDICIONES

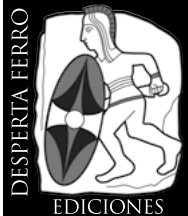
HERMANOS DE ARMAS

LA INTERVENCIÓN DE
ESPAÑA Y FRANCIA QUE SALVÓ
LA INDEPENDENCIA
DE ESTADOS UNIDOS

Larrie D. Ferreiro

DESPERTA FERRO

EDICIONES



Hermanos de armas
Ferreiro, Larrie D.
Hermanos de armas / Ferreiro, Larrie D. [traducción de Joaquín Mejía Alberdi].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2019. – 464 p., 8 p. de lám. il; 23,5 cm – (Historia de España) – 1.ª ed.
D.L.: M-30220-2019
ISBN: 978-84-120798-1-4
94(73)
325.83

HERMANOS DE ARMAS

La intervención de España y Francia que salvó la Independencia de Estados Unidos

Larrie D. Ferreiro

Título original:

Brothers At Arms. American Independence and the Men of France & Spain Who Saved It

First Published by Alfred A. Knopf

This translation published by arrangement with Alfred A. Knopf, an imprint of The Knopf Doubleday Group, a division of Penguin Random House, LLC.

All rights reserved

Derechos de traducción concertados con Alfred A. Knopf, sello de The Knopf Doubleday Group, una division de Penguin Random House, LLC

Todos los derechos reservados

© 2016 by Larrie D. Ferreiro

ISBN: 978-1-10187-524-7

© de esta edición:

Hermanos de armas

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12, 1.º dcha.

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-120798-1-4

D.L.: M-30220-2019

Traducción: Joaquín Mejía Alberdi

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro

Primera edición: noviembre 2019

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2019 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Advantia Comunicación

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

A mi familia, Mirna, Gabriel y Marcel.
Una familia estadounidense que,
como su propia nación,
debe su existencia a Francia y a España.

DESPERTA FERRO



EDICIONES

ÍNDICE

Agradecimientos	IX
Notas del autor a la edición original	XI
Introducción	XVII
<i>No solo la Declaración de Independencia, sino además una Declaración de que Dependemos de Francia (y También de España)</i>	
1 EL CAMINO A LA GUERRA	1
2 LOS COMERCIANTES	35
3 LOS MINISTROS	87
4 LOS SOLDADOS	137
5 LOS MARINOS	191
6 LAS PIEZAS CONVERGEN	239
7 EL FINAL DE LA PARTIDA	281
8 EL CAMINO HACIA LA PAZ	317
9 EL LEGADO	357
Bibliografía	391
Índice analítico	421

AGRADECIMIENTOS

En primer lugar, y ante todo, a Keith Goldsmith, mi editor en Knopf, que guio este trabajo con visión y elegancia.

Después, a mi agente, Michelle Tessler, que aportó el empuje necesario para poner en marcha este trabajo y lo condujo hasta el editor más indicado.

Estoy agradecido a numerosas personas e instituciones por su ayuda durante mi investigación y por sus comentarios a las primeras versiones del texto. Enumero a continuación las más significativas, ordenadas por orden alfabético y por países. A pesar de su colaboración, todos los análisis y los errores que pueda haber en los hechos o en las traducciones son solo míos.

BÉLGICA

Marion Huibrechts.

FRANCIA

Château de Versailles, École navale de Brest, Musée de l'Armée de Paris, Société des Cincinnati de Paris.

Pascal Beyls, Olivier Chaline; Raynald, duque de Choiseul Praslin; Patrice Decencière; Jean-Marie Kowalski; Jean Langlet; Pierre Lévêque; Élisabeth Maisonnier; Christophe Pommier; Charles-Philippe Gravier, marqués de Vergennes; Laurent Veysière y Patrick Villiers.

GRAN BRETAÑA

Robert Gardiner, Peter Hore, Andrew Lambert, Munro Price y Sam Willis.

MÉXICO

Iván Valdez-Bubnov.

PAÍSES BAJOS

Alan Lemmers.

ESPAÑA

Asociación Bernardo de Gálvez, Málaga; Museo Naval, Madrid; Patrimonio Nacional, Madrid.

José María Blanco Núñez, Reyes Calderón Cuadrado, José Luis Cano de Gardoqui, Francisco Fernández González, Agustín Guimerá Ravina, Juan Hernández Franco, Sylvia Hilton, Lorena Martínez García, Valentín Moreno Gallego, Manuel Olmedo Checa, Gonzalo Quintero Saravia, Agustín Ramón Rodríguez González, José María Sánchez Carrión, Juan Torrejón Chaves y José Yaniz.

ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

Army Center of Military History, Washington, DC; Daughters of the American Revolution, Washington, DC; Fred W. Smith National Library, Mount Vernon, Virginia; Naval History and Heritage Command, Washington, DC; National Park Service; Regimiento Fijo de la Luisiana Española; Smithsonian Institution, National Museum of American History, Washington, DC; Society of the Cincinnati, Washington, DC y Sons of the American Revolution, Louisville, Kentucky.

Joshua Beatty, Eliud Bonilla, Michael Carroll, Thomas Chávez, Ellen Clark, John Cloud, Douglas Comer, Dennis M. Conrad, Michael Crawford, James Delgado, Héctor Díaz, Richard Doty, Jonathan Dull, James Garner, Martha Gutiérrez-Steinkamp, John Hattendorf, John T. Kuehn, Karen Lee, Cliff Lewis, Darren Lickliter, John R. Maas, Albert «Durf» McJoynt, David Miller, Brian Morton, Sarah Myers, Charles Neimeyer, Julia Osman, Elaine Protzman, Ray Raphael, Eric Schnitzer, Emily Schulz, Robert A. Selig, Donald Spinelli, Albert «Skip» Theberge, Anthony Tommell, Samuel Turner, Robert Whitaker y Glenn F. Williams.

NOTAS DEL AUTOR A LA EDICIÓN ORIGINAL

NOMBRES, TÍTULOS Y GRAMÁTICA

Me he servido de la Biblioteca Nacional de España y de la Bibliothèque nationale de France como fuentes de referencia para la ortografía de los nombres propios. Cuando el título nobiliario de un personaje varía con los años (por ejemplo, si pasa de marqués a duque), en general he intentado emplear la designación por la que se le conoce de forma más habitual.

He seguido las normas de la Académie française y de la Real Academia Española en cuanto a estilo y gramática. El caso más notorio es la recomendación de la Académie française que pide incluir el «de» en los apellidos de una sola sílaba, pero no en los de dos o más sílabas. Por ejemplo, Joseph Paul, conde de Grasse,* aparece como «De Grasse»; mientras que Charles Gravier, conde de Vergennes, aparece como «Vergennes».

La mayoría de las Marinas de la época eran todas «reales», no solo la británica (por ejemplo, la Royale francesa y la Real Armada española), así que las distingo por su nacionalidad.

Igual que he traducido los textos originales franceses y españoles al inglés moderno, también he modernizado la ortografía y la puntuación para hacerla legible al lector.**

* N. del T.: Grasse es fonéticamente monosílabo en francés.

** N. del E.: De igual modo se ha procedido en la traducción y edición de los textos en francés e inglés al castellano.

UNIDADES MONETARIAS

A menudo traslado el valor de las monedas de la época a equivalentes modernos para que los lectores lo comprendan mejor. Este procedimiento es más complicado de lo que pudiera parecer, dado que las economías de finales del siglo XVIII eran completamente distintas de las de principios del XXI –caballos en lugar de automóviles, por ejemplo– y al hecho de que el coste relativo de algunas mercancías, como los alimentos, era mucho mayor entonces que hoy.

No obstante, los economistas han desarrollado varias formas para comparar el valor del dinero a lo largo del tiempo. He optado entre dos fórmulas generales de comparación de valor distintas, según qué se esté valorando en cada caso. Si se trata del precio de bienes privados, gastos y salarios, he usado un comparador de precios reales que mide el coste de los bienes de consumo y los servicios y se basa en el índice de precios de consumo de la llamada «cesta de la compra». En cambio, cuando hablamos de grandes gastos nacionales, como proyectos, préstamos y grandes compras de armas de los gobiernos, uso un comparador del coste de dicho gasto según su valor porcentual en el conjunto de la economía de ese país –este comparador se basa en el deflactor del producto nacional bruto a lo largo del tiempo–. Los dos métodos resultan en valores modernos muy distintos, ya que el producto nacional bruto ha crecido mucho más que el índice de precios al consumo a lo largo de los últimos 240 años.

En general, he tomado 1775 como año base debido a que fue el último año en que los precios se mantuvieron estables en todos los países implicados, antes de que los efectos de la guerra crearan tasas de inflación variables e inestabilidad en los tipos de cambio entre las distintas monedas. Todos los tipos de cambio se basan en los valores de dicho año: 1 libra esterlina británica = 5 dólares norteamericanos = 23,5 libras francesas = 6,3 pesos españoles.

Para terminar, todos los precios modernos usan como referencia el año 2010 y después se convierten a dólares estadounidenses con el empleo de índices de paridad de poder adquisitivo.

Tabla de conversión de los valores monetarios históricos a dólares estadounidenses de 2010:

PAÍS	MONEDA ORIGINAL	EQUIVALENCIA SEGÚN EL PRECIO REAL	EQUIVALENCIA SEGÚN SU COSTE PORCENTUAL EN LA ECONOMÍA DEL PAÍS EN CUESTIÓN
Estados Unidos	1 dólar (\$)	29,40 \$	77 500 \$ (con 1790 como base)
Gran Bretaña	1 libra esterlina (£)	149,00 \$	13 127 \$
Francia	1 libra	6,30 \$	560 \$
España	1 peso	24 \$	2083 \$

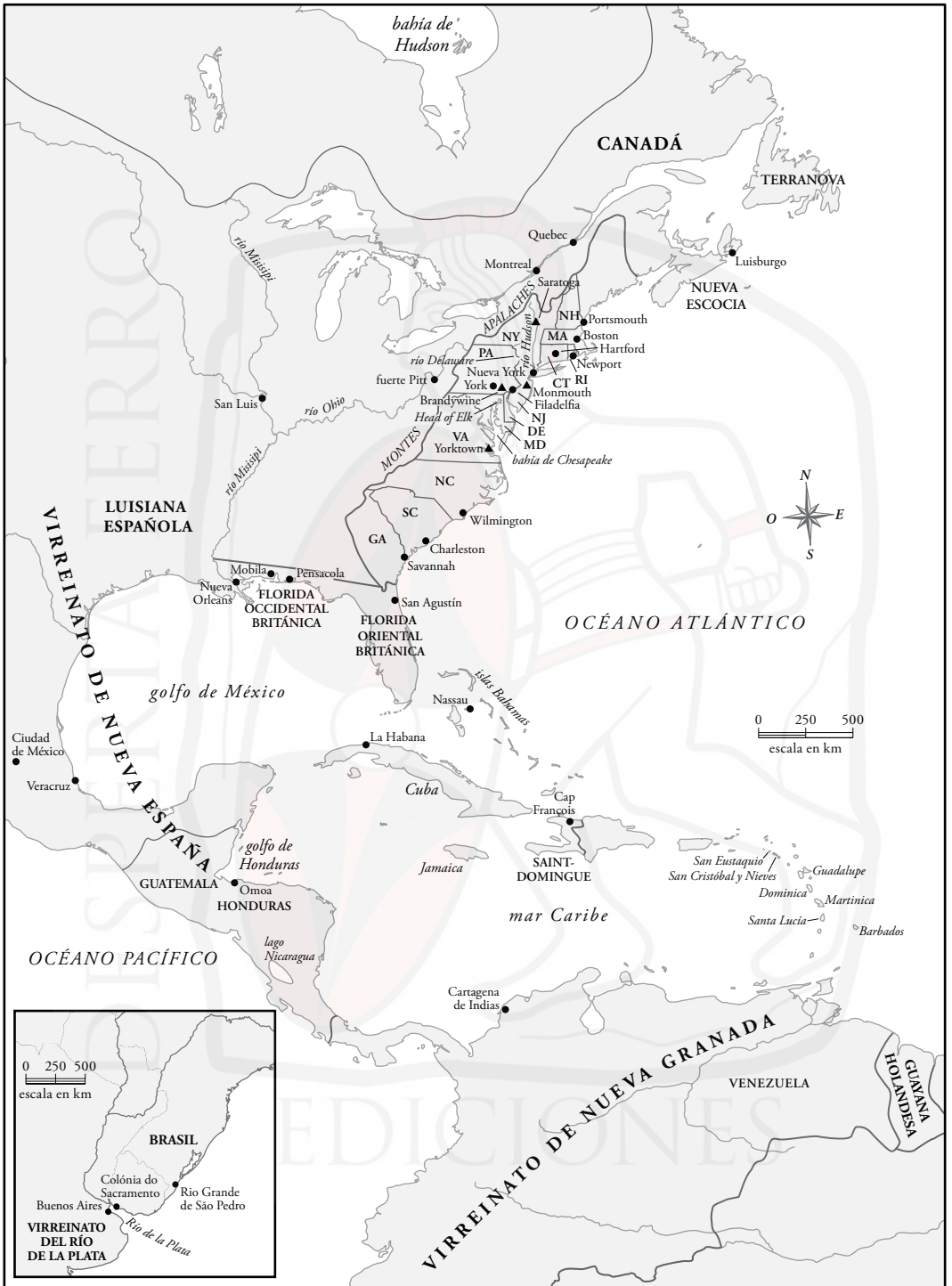
FUENTES

McKusker, J. J., 1978: *Money and Exchange in Europe and America, 1600-1775: A Hand-book*, Chapel Hill, University of North Carolina Press.

Maddison, A.: «Historical Statistics for the World Economy: 1-2003 AD» [<http://www.ggdcc.net/maddison/oriindex.htm>].

Measuring Worth [www.measuringworth.com].

Organización para la Cooperación Económica y el Desarrollo (OCDE): índices de paridad de poder adquisitivo [<http://www.oecd.org/std/prices-ppp/purchasingpowerparitiespppsdata.htm>].



CT: Connecticut

NH: Nuevo Hampshire

MA: Massachusetts

PA: Pensilvania

VA: Virginia

DE: Delaware

NJ: Nueva Jersey

MD: Maryland

RI: Rhode Island

GA: Georgia

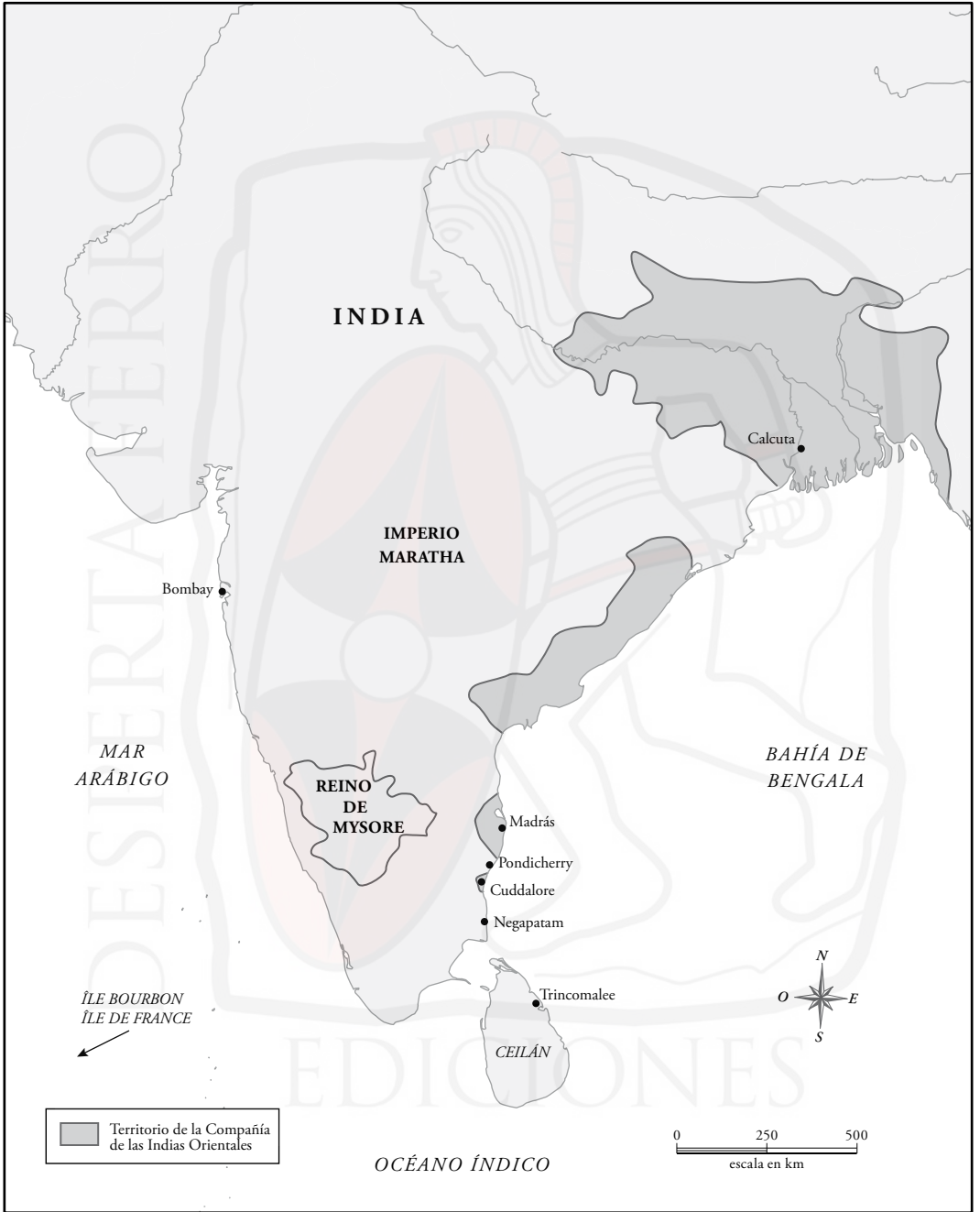
NY: Nueva York

NC: Carolina del Norte

SC: Carolina del Sur

0 100 200
escala en km





INTRODUCCIÓN

No solo la Declaración de Independencia, sino además una Declaración de que Dependemos de Francia (y También de España)

Un cálido día de verano de 1776, en Filadelfia, durante los primeros y difíciles pasos de la Revolución estadounidense, Thomas Jefferson escribía las frases iniciales de un documento dirigido a los reyes Luis XVI de Francia y Carlos III de España, con el que el Segundo Congreso Continental* esperaba obtener la ayuda que las sitiadas colonias británicas de Norteamérica tanto necesitaban. Dichas colonias ya llevaban entonces más de un año en guerra con Gran Bretaña y la situación militar era desesperada. El Ejército Continental acababa de sufrir derrotas desastrosas en Canadá y Long Island y había sido expulsado de la ciudad de Nueva York, ahora ocupada por el general William Howe. A menos que hubiera una intervención directa de los adversarios de Gran Bretaña –Francia y España– a favor de las colonias, estas no tenían posibilidad alguna de sobreponerse a la superioridad de la Marina y el Ejército británicos y alcanzar la plena independencia.

La Revolución había comenzado a gestarse bastantes años antes. Tras la aplastante victoria británica sobre Francia y España en la Guerra de los Siete Años, en 1763, Londres había impuesto a sus colonias norteamericanas una subida cada vez más sofocante de los impuestos y de las restricciones a la exportación para sufragar el aumento del gasto empleado en la protección de dichas colonias. Los colonos protestaron porque se implantasen esas medidas sin consultar su opinión

* N. del T.: Al lector hispánico puede chocarle el empleo del adjetivo «continental» en denominaciones como Congreso Continental y Ejército Continental, cuya área de actuación, obviamente, no abarcaba todo el continente americano. Esto se debe, en parte, a que, en la tradición de habla inglesa, América del Norte y América del Sur son continentes distintos.

al respecto, como les correspondía por ser súbditos británicos. La violencia de las protestas aumentó progresivamente hasta que, en 1775, la guerra estalló con las batallas de Lexington, Concord y Bunker Hill, así como con el subsiguiente asedio de Boston. Incluso entonces, la mayoría de los habitantes de las colonias aún tenía la esperanza de que hubiera algún tipo de reconciliación con la Corona. Pese a ello, a principios de 1776, el rey Jorge III rechazó los ofrecimientos de paz de los colonos, los declaró rebeldes y contrató regimientos en los Estados alemanes¹ de Hesse-Kassel, Hesse-Hanau y Brunswick para someter la insurgencia. El Congreso Continental, horrorizado en especial por la amenaza de los hessianos, a los que consideraba mercenarios, comenzó a clamar por una emancipación completa del dominio británico y a favor de «declarar las colonias en un estado de soberanía independiente».² Muchos de los gobiernos individuales de las colonias comenzaron a enviar delegados al Congreso con instrucciones de «sacudir de inmediato el yugo británico»³ y abandonar la fidelidad a la Corona. La lucha que había comenzado un año antes para obligar a la madre patria a reconocerles sus derechos como súbditos británicos se había convertido en una guerra por la independencia.

El problema era que la nueva nación había comenzado su guerra contra la autoridad británica con una asombrosa incapacidad de defenderse a sí misma, como un adolescente rebelde que abandona a su familia sin un céntimo en el bolsillo. Su Marina era inexistente, su artillería escasa y su desastrado Ejército y milicias carecían hasta del ingrediente más básico de la guerra moderna: pólvora. Poco después de la batalla de Bunker Hill, Benjamin Franklin escribía: «[...] el Ejército no tenía ni cinco cartuchos de pólvora por hombre. Todo el mundo se preguntaba por qué casi nunca disparábamos los cañones: no nos lo podíamos permitir».⁴ El nuevo país, en resumidas cuentas, necesitaba con desesperación atraer a Francia y a España a la guerra, las únicas naciones con poder suficiente para llevar sus fuerzas a combatir directamente contra el Ejército británico y capaces de engolfar a la Armada británica en un conflicto de mayores dimensiones que la distrajera de las costas de Norteamérica y minara su fuerza.

Tanto Francia como España permitieron, desde antes que comenzara la contienda, el flujo de ayuda clandestina hacia los rebeldes, pero esto se demostró insuficiente dadas las dimensiones del conflicto. Ni Luis XVI ni Carlos III estaban dispuestos a tomar parte de forma abierta en una guerra civil británica: el nuevo país tenía que demostrar que era una nación independiente que luchaba contra el enemigo común,

Gran Bretaña. El documento que salió de la pluma de Jefferson afirmaba con claridad: «[...] estas Colonias Unidas son y deben ser, por Derecho, Estados Libres e Independientes». Se trataba de una invitación solemne a Francia y a España para que fueran a la guerra de la mano del nuevo país. Es conocido que el documento que acordó el 4 de julio el Segundo Congreso Continental se denominó Declaración de Independencia, pero además era, en cierto modo, una «Declaración de que Dependemos de Francia (y También de España)».

SENTIDO COMÚN

Hoy, los estadounidenses celebran la fiesta del 4 de julio dando por sentadas algunas cuestiones falsas. El relato habitual acerca de la Declaración de Independencia viene a decir: los colonos ya no podían tolerar que el gobierno británico aprobara leyes injustas e impuestos sin permitir una representación adecuada de las colonias en el gobierno, así que el Segundo Congreso Continental votó para redactar un documento que le explicara al rey Jorge III las razones de la independencia y para justificar ante los propios colonos y el resto del mundo los motivos de su rebelión contra la Corona.⁵ La verdad es que la intención de este documento era muy distinta. La Declaración no estaba dirigida al rey Jorge III.⁶ El monarca británico ya había comprendido la situación, como demuestran sus palabras al Parlamento en octubre de 1775, cuando dijo que la rebelión «se realiza con el propósito manifiesto de establecer un imperio independiente».⁷ Tampoco era su objetivo aunar a las colonias a la causa de la independencia, puesto que estas ya habían ordenado a sus delegados en el Congreso que votaran a favor de la separación. La verdad es que la Declaración se escribió para pedir ayuda a Francia y España.

La idea misma de que se redactara un documento para declarar la independencia nacional era algo casi inaudito. Hasta entonces, las naciones que se separaban de sus gobernantes no se preocupaban de poner sus intenciones por escrito, ya que sus acciones hablaban con mayor claridad que cualesquiera palabras. El ejemplo más reciente había sido la rebelión de la República de Córcega contra la República de Génova en 1755. El jefe de la rebelión, Pasquale Paoli, se había limitado a anunciar que Córcega era una nación soberana y a establecer un gobierno independiente; no se imprimió nunca una declaración formal. Los colonos estadounidenses estaban bien informados de estos sucesos, e incluso le dieron el nombre de Paoli a una población

de Pensilvania donde se libró una cruel batalla contra los británicos. Con anterioridad, la épica lucha de ochenta años de la República de Holanda por independizarse de España también se había librado sin que mediaran declaraciones escritas, salvo un único documento conocido como Acta de Abjuración (1581), el cual había sido más bien una proclamación del rompimiento de la fidelidad debida a la Corona española por parte de sus firmantes que una afirmación formal de la existencia de una nueva nación independiente.⁸

Aunque carecía de precedentes como proclamación formal de la soberanía nacional, la Declaración de Independencia no fue, desde luego, la primera declaración escrita por los norteamericanos durante el proceso que llevó a la guerra. Las declaraciones, que nacían de la tradición legislativa británica, se habían usado desde hacía mucho para expresar intenciones o para aplicar nuevas políticas nacionales e internacionales.⁹ No eran meros anuncios al mundo ni se limitaban a dar fe de una resolución. Cada una de ellas se redactaba con gran celo para influir en una audiencia particular y obtener un propósito específico. Como respuesta a las Leyes Coercitivas [*Coercitive Acts*] de 1774, que habían impuesto severas medidas económicas y punitivas en Massachusetts, el Primer Congreso Continental había aprobado una serie de declaraciones y resoluciones, mensajes al pueblo de Gran Bretaña y sus otras colonias y peticiones al rey que, en conjunto, tenían la intención de que se cambiaran las leyes aborrecidas y exhortaban a que se eligiera un nuevo Parlamento más comprensivo con las demandas de los colonos, o a que el monarca interviniera para eliminar dichas leyes.¹⁰

Al fracasar los intentos de cambiar las leyes o el Parlamento y estallar la guerra en 1775, el Segundo Congreso Continental echó todas las culpas al Parlamento y a los ministros del rey y encargó a un comité de tres miembros, entre los que se encontraba Thomas Jefferson, que redactara la Declaración de las Causas y Necesidad de Tomar las Armas [Declaration of the Causes and Necessity of Taking Up Arms]. Esta declaración era una explicación de por qué los colonos veían necesario defender sus libertades mediante la fuerza de las armas y también una llamada final a la reconciliación. Aunque los autores declaraban que habían redactado el documento «por respeto al resto del mundo», su claro destinatario era Jorge III, con el objetivo de que Gran Bretaña cambiara de política. La declaración afirmaba que, solo si el monarca ordenaba a sus ministros negociar con los colonos «en términos razonables», podrían evitarse las «pe-

nalidades de la guerra civil». Esta solicitud, junto con la Petición de la Rama de Olivo [*Olive Branch Petition*] que pedía al rey encontrar la forma de «establecer la paz [...] en nuestros territorios», fue rechazada de plano por Jorge III. Al acabar 1775, las colonias estaban en un punto muerto político armado: la reconciliación ya no era una opción viable, pero no eran capaces de ver un camino que les permitiera separarse de Gran Bretaña.¹¹

Este *impasse* se rompió a primeros de 1776, pero no por la enorme altura intelectual que alargaba sin fin los debates de los congresistas en la Pennsylvania State House (actual Independence Hall), sino por un desconocido editor de periódico que, casi arruinado, había emigrado de Londres a Filadelfia apenas un año antes. En aquel breve lapso, Thomas Paine había escuchado suficientes rumores de café y divagaciones tabernarias como para llegar a una conclusión que algunos políticos debatían en privado: las distintas declaraciones y peticiones emitidas hasta entonces por el Congreso eran un planteamiento equivocado. Era Jorge III, no sus ministros ni el Parlamento, el responsable de las desgracias que padecían las colonias; por tanto, de nada servían las peticiones al monarca para que cambiara las leyes: para asegurar la prosperidad de las colonias era necesario romper del todo con Gran Bretaña, no una reconciliación. Los claros y sencillos razonamientos de Paine lo llevaron también a una segunda conclusión, aún más radical: la separación solo se podría alcanzar por la vía militar y esta solo sería posible con el apoyo de Francia y España. Dicho apoyo dependería por completo de que las colonias, de manera formal y por escrito, se declararan una nación soberana independiente de Gran Bretaña.

Con la ayuda de Benjamin Rush, un médico por entonces activo en los círculos políticos, Paine publicó un panfleto de cuarenta y seis páginas intitulado *Sentido común* [*Common Sense*] que exponía estas opiniones y planteaba pasos que seguir para que las colonias alcanzaran la independencia. Las librerías de Filadelfia comenzaron a venderlo el 10 de enero de 1776, el mismo día en que llegó la noticia del discurso de Jorge III que denunciaba la rebelión de las colonias como un intento de fundar «un imperio independiente». La publicación de Paine llegó en el momento más apropiado: su llamada a la independencia, que habría podido parecer disparatada solo unas semanas antes, fue impulsada de forma involuntaria por la propia acusación del rey en el mismo sentido. El panfleto tuvo una gran difusión y, en unos pocos meses, la idea de la independencia ya se debatía abiertamente a lo largo y ancho de las colonias.¹²

Sentido común comenzaba planteando la forma ideal de una república en la que los ciudadanos participaran en su propio gobierno y explicaba que los sistemas británicos de la monarquía y la aristocracia eran la antítesis de dicha forma gubernamental. Las colonias, si permanecían ligadas a una Gran Bretaña separada por 3000 millas náuticas de distancia y que demostraba poco interés y comprensión por sus problemas, estaban abocadas a padecer más «daños y perjuicios». Paine continuaba entonces con una declaración que resonó en los salones del Congreso, en las cámaras locales y en las asambleas coloniales desde Nuevo Hampshire a Georgia: «Todo lo que es justo o natural pide la separación [...] ES HORA DE SEPARARSE».¹³

Las páginas finales de *Sentido común* dejaban clara la relación directa entre la idea de la declaración de independencia y la necesidad de asegurar la ayuda de Francia y España:

Nada puede resolver nuestros problemas de forma tan expeditiva como una declaración de independencia clara y decidida.

Primero.—Es costumbre entre las naciones, cuando dos están en guerra, que algunas otras potencias no implicadas en la disputa intercedan como mediadoras y que preparen los acuerdos preliminares para la paz: sin embargo, mientras América se declare Súdita de Gran Bretaña, ninguna potencia, por muy bienintencionada que sea, puede ofrecerle mediación. Por tanto, en nuestro estado actual podríamos seguir en una disputa perpetua.

Segundo.—Es iluso suponer que Francia o España nos proporcionarán algún tipo de ayuda si para lo único que deseamos dicha ayuda es para solucionar el conflicto y reforzar la conexión entre Gran Bretaña y América [...].

Tercero.—Mientras nos profesemos súbditos de Gran Bretaña, debemos, a ojos de las naciones extranjeras, ser considerados como rebeldes [...].

Cuarto.—Si se publicara un manifiesto y se despachara a las cortes extranjeras [...] [este] tendría mejores efectos para este Continente que si un barco zarpara repleto de peticiones a Gran Bretaña.

Mientras conservemos la denominación de súbditos británicos, no podremos ni ser recibidos ni escuchados en el exterior: los usos de todas las cortes van contra nosotros y así será hasta que, por medio de la independencia, ocupemos un lugar entre las demás naciones.¹⁴

El público de las colonias no necesitaba ninguna explicación para comprender el plan de Paine de solicitar ayuda directamente a Francia y España. Igual que él, sabía que las dos naciones llevaban tiempo deseosas de medirse de nuevo con Gran Bretaña. Habían salido mal paradas de la Guerra de los Siete Años, un conflicto global que había comenzado en las colonias norteamericanas de Francia e Inglaterra en 1754, apenas como una batalla fronteriza entre ambos imperios, pero que había absorbido con rapidez a todas las grandes potencias europeas. La guerra acabó en 1763: Francia había tenido que entregar Canadá al Imperio británico y España había perdido su posición dominante en el golfo de México al ceder Florida a Gran Bretaña. Era sabido que ambas naciones buscaban ahora recuperar los territorios y el prestigio perdidos y que el creciente conflicto en las colonias británicas podía ofrecerles la oportunidad de venganza, deseada durante tanto tiempo.

DECLARAR LA INDEPENDENCIA E INCORPORARSE A LA ESCENA MUNDIAL COMO UNA NACIÓN SOBERANA

El efecto de *Sentido común* en el estado de ánimo de los colonos fue electrificante, un concepto, por cierto, ya popular entonces debido a los experimentos científicos de Benjamin Franklin, muy divulgados.¹⁵ Este había vuelto a Filadelfia tras pasar una década en Londres en defensa de la causa de las colonias. Si antes de enero de 1776 solo se hablaba de reconciliación, ahora solo se hacía de separación. Las llamadas a la independencia llenaban los periódicos, algo que no pasó desapercibido a los gobiernos de las colonias. En febrero y marzo, Carolina del Sur reescribió su Constitución y se convirtió en «independiente de la autoridad real». En abril, el condado de Charlotte, en Virginia, adoptó una resolución que rechazaba cualquier intento de reconciliación. En mayo, el Congreso Continental envió a todas las colonias instrucciones que exhortaban a sustituir los gabinetes favorables a la reconciliación por otros más inclinados a la independencia. Al acabar el mes, John Adams certificaba: «[...] cada carta y cada día nos trae “independencia” como un torrente».¹⁶

Esas mismas cartas que se enviaron a los representantes de las colonias dejaban claro que sus autores habían abrazado, sin vacilación, la conexión formulada por Paine entre efectuar una declaración de independencia y recibir ayuda de Francia y España. Uno de los primeros en suscribir dicha conexión fue Richard Henry Lee, delegado de Virginia en

el Congreso y miembro de una de las familias más influyentes de las colonias. Mucho antes de que se publicara *Sentido común*, él ya había recibido esas ideas gracias a su hermano Arthur Lee, quien, durante su misión de representante de las colonias en Londres junto con Benjamin Franklin, en 1774 le había dicho que, en caso de guerra con Gran Bretaña, «América tal vez tenga que deberles [a potencias europeas] su salvación, en caso de que la lucha sea seria y continuada». ¹⁷ Dicha idea se vio reforzada, desde luego, por una carta que le remitió en abril de 1776 John Washington, uno de los sobrinos de George Washington: «Soy de la firme opinión de que, a menos que declaremos abiertamente la Independencia, no hay ninguna opción de recibir ayuda exterior». ¹⁸ Ese mismo mes, Richard Henry Lee le explicaba a su paisano virginiano Patrick Henry, residente en Williamsburg, que el Congreso debía considerar pronto la independencia, puesto que el actual «peligro [...] puede evitarse mediante una alianza a tiempo con las potencias adecuadas y favorables de Europa», y que «ningún estado de Europa tratará o comerciará con nosotros mientras nos consideremos súbditos de Gran Bretaña». ¹⁹

En abril, las delegaciones de las colonias en el Congreso comenzaron a recibir instrucciones de votar a favor de la independencia. El condado de Cumberland de Virginia ordenó a sus representantes en el Congreso «declarar la independencia [y] buscar ayuda exterior». Carolina del Norte, por su parte, pidió a sus delegados «acordar con los delegados de las otras Colonias la declaración de la independencia y formar alianzas exteriores». ²⁰ En mayo, la Convención de Virginia acordó en pleno adoptar una resolución que ordenaba a sus delegados «declarar las colonias unidas estados libres e independientes [...] y aprobar las medidas que se consideren apropiadas y necesarias para la formación de alianzas exteriores». ²¹ Estas directrices de los gobiernos de las colonias a sus delegados en el Congreso dejan claro que, al hacerse eco de las ideas de Paine, veían en la declaración de independencia el único medio de obtener ayuda de Francia y de España.

A medida que el movimiento favorable a la independencia ganaba impulso, incluso el delegado de Massachusetts John Adams, alguien, por lo general, opuesto a cualquier enredo exterior, admitía a su pesar:

Debemos llegar a la Necesidad de Declararnos Estados independientes y ahora tenemos que dedicarnos a preparar [...] Tratados que ofrecer a Potencias extranjeras, en especial a Francia y España [...] Que no podemos esperar que las Potencias extranjeras Nos reconozcan hasta que Nosotros nos

hayamos reconocido a nosotros mismos y hayamos ocupado un Puesto entre ellas como Potencia soberana y Nación Independiente; que ahora estábamos afligidos por la Falta de Artillería, Armas, Munición, Vestimenta e incluso Pedernal.²²

A primeros de junio, Richard Henry Lee ya estaba preparado para seguir las instrucciones de la Convención de Virginia y pedir a las claras al Congreso que declarara la independencia. Repitiendo las ideas de John Adams, le explicaba a un terrateniente virginiano: «No es, pues, el deseo sino la necesidad lo que pide la independencia, puesto que es la única forma de obtener una alianza exterior».²³ Estas palabras las escribió el domingo 2 de junio. La semana siguiente seguro que la pasó reflexionando acerca de la redacción de un conjunto de resoluciones que pondría en marcha al Congreso. El viernes 7, el Congreso se reunió como de costumbre a las 10 de la mañana. Se abordaron cuestiones urgentes relativas a informes de la guerra, así como un asunto más banal, la compensación a un comerciante por bienes confiscados por la Marina Continental. Alrededor de las 11, Richard Henry Lee solicitó intervenir y, entonces, presentó tres resoluciones relacionadas entre sí para su aprobación:

Que estas Colonias Unidas son, y por derecho deben ser, Estados libres e independientes; que están liberadas de fidelidad alguna a la Corona británica y que toda conexión política entre ellas y el Estado de Gran Bretaña está, y debe ser, disuelta por completo.

Que desde ya es urgente tomar las medidas más efectivas para formar Alianzas con el exterior.

Que se prepare un plan de confederación y se transmita a las Colonias respectivas para su consideración y aprobación.²⁴

Las resoluciones fueron secundadas por John Adams, pero el Congreso retrasó su toma en consideración hasta el día siguiente. El sábado, y de nuevo el domingo, el Congreso debatió las tres resoluciones. Aunque los representantes de las colonias del sur y de Nueva Inglaterra eran favorables a las mismas, muchas de las colonias del Atlántico Medio* preferían retrasar la decisión. Los contrarios a la

* N. del T.: El Atlántico Medio (*Mid-Atlantic*) es un área geográfica que entonces abarcaba las colonias de Nueva Jersey, Pensilvania, Nueva York y Delaware (las llamadas *Middle Colonies*).

independencia ponían en duda que Francia o España fueran a proporcionar alguna ayuda, debido a sus propios intereses coloniales en América, y afirmaban que Francia estaría más inclinada a formar una alianza con Gran Bretaña para repartirse Norteamérica entre ambas. Los favorables a las resoluciones, como demuestran las anotaciones de Thomas Jefferson, respondían que «solo una declaración de independencia podría complacer al gusto europeo para que las potencias europeas traten con nosotros», que no había que perder tiempo y que era necesario pedir, cuanto antes, la ayuda que podían ofrecer Francia y España. Los argumentos en uno y otro sentido se cruzaban sin que se llegara a un consenso claro.

En lugar proceder a votar la resolución de independencia, el Congreso pospuso los debates hasta el 1 de julio y ordenó a un comité que redactara un borrador de declaración en previsión de que la cámara fuera favorable a dicha opción. Se formaron también comités para encargarse de la segunda y tercera resoluciones: uno para redactar un proyecto de tratado con Francia y otro para redactar un borrador de plan de confederación de los trece estados que se crearían a partir de las trece colonias, una vez que se declarase la independencia. El comité encargado del plan de confederación fue el mayor de los tres y contaba con un representante de cada colonia. Debido a lo difícil que resultó el acuerdo entre estos, fue el comité que más tardó en cumplir su encargo: hasta dieciocho meses después, en noviembre de 1777, no presentó los Artículos de Confederación (además, dichos artículos no fueron ratificados por todos los trece estados hasta 1781). El segundo comité, que debía escribir un proyecto de tratado con Francia, solo tenía cinco miembros, encabezados por John Adams. Este insistió en que el tratado fuera solo de naturaleza comercial y que no implicara ninguna alianza política o militar que pudiera «enredarnos en futuras guerras europeas».²⁵ El Plan de Tratados [*Plan of Treaties*] final, que se atuvo en todo a los requisitos de Adams, se presentó el 18 de julio y el Congreso lo aprobó el 17 de septiembre. Un mes más tarde, Benjamin Franklin tomó un barco hacia Francia con el proyecto de tratado de Adams en la cartera y la misión de obtener la ayuda que su nación necesitaba de forma tan acuciante.

El comité de cinco miembros encargado de escribir el borrador de la Declaración de Independencia también estuvo presidido por John Adams, pero la tarea de la redacción se confió a Thomas Jefferson. Ya era un consumado escritor y estaba trabajando, con sus paisanos virginianos y políticos James Madison y George Ma-

son, en una Constitución y en una Declaración de Derechos para el estado de Virginia que pronto crearían. Jefferson escribió con rapidez, tomó préstamos de dicho documento y de otros, de modo que, en pocos días, ultimó el primer borrador. Primero se lo enseñó a Franklin y a Adams, que hicieron solo unas pocas revisiones, y luego al comité en pleno, el cual lo debatió durante dos semanas. Para entonces, el Congreso ya había acordado el nombre de la nueva nación: el 24 de junio de 1776, su presidente, John Hancock, empleó por vez primera de forma oficial la denominación «los Estados Unidos» al nombrar a un nuevo voluntario francés, Antoine Félix Wuibert, oficial del Ejército Continental.²⁶

El borrador revisado de la Declaración se presentó ante el Congreso el 28 de junio; para entonces, las colonias del Atlántico Medio ya habían autorizado a sus delegados que votaran a favor de la independencia, también con la asunción de que era el camino para obtener ayuda exterior.²⁷ La moción para que se aprobase la resolución de Richard Henry se presentó el 2 de julio. Entonces, el Congreso debatió y revisó el borrador durante dos días, antes de aprobar la versión final del texto el día 4, que caía en jueves. Aquella tarde, se tipografió una hoja apaisada de la que se imprimieron unas doscientas copias que se enviaron a las colonias y al cuartel general del Ejército Continental. La intención del Congreso de que la declaración fuera leída por Luis XVI y Carlos III queda de manifiesto por el hecho de que el lunes 8 de julio, primer día laborable después del fin de semana, se envió una copia de la misma en un barco que zarpaba hacia Francia, junto con instrucciones para Silas Deane, comerciante de Connecticut que entonces estaba en París como delegado para negociar compras de armas.²⁸ Dicho delegado debía «comunicar de inmediato el texto a la Corte de Francia y enviar copias del mismo a las demás Cortes de Europa».

Aunque las resoluciones de Richard Henry Lee y de todos los subsiguientes debates del Congreso –como había advertido con tanta claridad el propio Jefferson– ligaban la Declaración de Independencia a la solicitud de ayuda exterior, en ninguna parte del texto aparecían las palabras «Francia» o «España». Incluso, en el párrafo inicial, Jefferson afirmaba que la única razón de ser del documento era que «un respeto decente de lo que opinara la humanidad» los obligaba a justificar sus acciones. Esta afirmación, igual que el razonamiento similar esgrimido en la Declaración de las Causas y Necesidad de Tomar las Armas, ocultaba la verdadera razón y el au-

téntico destinatario de la Declaración de Independencia. Aunque la intención del Congreso fuera pedir ayuda a Luis XVI y a Carlos III, lo más probable es que Jefferson no estuviera pensando en ambos monarcas en el propio momento de la redacción del texto. Lo que empleó para justificar la causa de la independencia fueron los sentimientos más elevados de los pensadores de la Ilustración –Locke en lo referente al derecho natural, Voltaire en cuanto a la opresión y Montesquieu acerca de la libertad–.²⁹ La inclusión de cualquier súplica expresa dirigida a una potencia extranjera habría rebajado la dignidad y envilecido la Declaración a la que con tanto celo había dado forma. La idea era que la propia existencia del documento sirviera como toque de corneta para pedir ayuda.

La Declaración se convirtió en un documento de gran importancia histórica. Tras la apología inicial que ocultaba su verdadera intención, Jefferson desplegaba su prosa más elevada:

Mantenemos que estas verdades son obvias, que todos los hombres son creados iguales, que son dotados por su Creador con ciertos Derechos inalienables, que entre estos están la Vida, la Libertad y la búsqueda de la Felicidad. Que para asegurar estos derechos se han instituido los Gobiernos entre los Hombres, derivando sus justos poderes del consentimiento de los gobernados.³⁰

Continuaba lo anterior con una letanía de acusaciones al monarca británico por no haber cumplido con estos ideales. Se le imputaban desde ofensas generales contra las colonias a otras concretas como interferencia en procesos judiciales, secuestro, pillaje y saqueo. Jefferson no libraba de culpas a los británicos y los llamaba «Enemigos en la Guerra, en la Paz Amigos». Al declarar a los Estados Unidos miembro del conjunto de las naciones soberanas, Jefferson recordaba a sus anhelados aliados que ahora la nueva nación tenía «pleno Poder para emprender la Guerra, ultimar la Paz, entablar Alianzas, establecer el Comercio y hacer todos los demás Actos y Cosas a las que tienen derecho los Estados Independientes».

Solo al final del texto de la Declaración de Independencia Jefferson incluyó un pasaje que podría llamar la atención de los reyes de Francia y España de un modo especial: «Y en apoyo de esta Declaración, con una firme confianza en la protección de la divina Providencia, comprometemos todas nuestras Vidas, nuestras Fortunas y nuestro sagrado Honor».

Es decir: para llegar a ser una nación independiente, autogobernada, hemos arriesgado todo lo que tenemos para ganar esta guerra con Gran Bretaña. Sin alianza militar, no existe la esperanza de que podamos seguir adelante. Por favor, venid en nuestra ayuda.

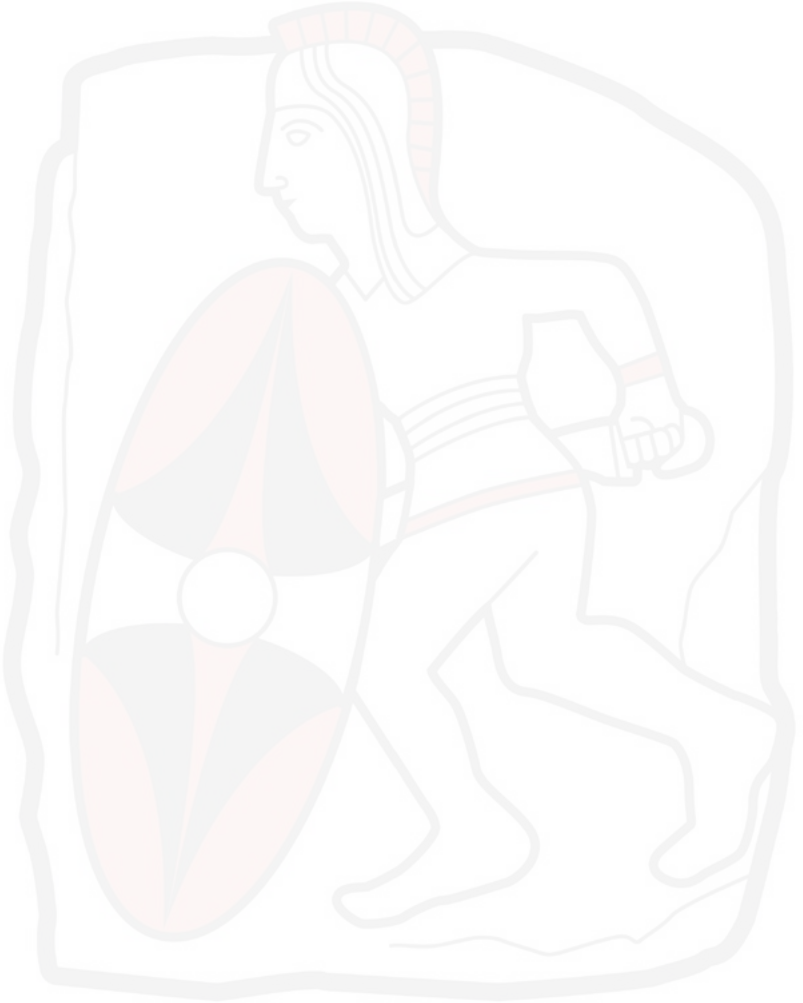
Al otro lado del Atlántico, Francia y España sopesaban sus opciones. Apenas habían transcurrido trece años desde que habían librado una guerra desastrosa con Gran Bretaña en la que habían perdido comercio, colonias e influencia. Una nueva contienda, del lado de los rebeldes norteamericanos, podía revertir las anteriores humillaciones –o llevar a ambos países a la ruina–.

NOTAS

1. Phillips, K., 2012, 387-391.
2. Citado en Ferling, J., 2009, 114.
3. Citado en Ketcham, R., 1990, 70.
4. *PBF*, vol. 23, 237-238.
5. Resumen aquí textos de mi currículo de escuela primaria y secundaria, libros de texto de la Commonwealth of Virginia y de las Department of Defense Dependents Schools, libros de texto universitarios y varias enciclopedias en internet.
6. Wills, G., 1978, 325, expone argumentos análogos.
7. Bobrick, B., 1997, 156.
8. Armitage, D., 2007, 41-45; Lucas, S. E., 1994.
9. Maier, P., 1997, 51; Armitage, D., *ibid.*, 31.
10. *Vid.* en Shain, B. A., 2014, 190-250 un relato y análisis a fondo.
11. *Ibid.*, 274-293.
12. Liell, S., 2003; Ferling, J., 2011, 217-223. Gracias adicionales a Ray Raphael por señalarme la coincidencia con la llegada del discurso de Jorge III.
13. Liell, S., *ibid.*, 174.
14. *Ibid.*, 196.
15. Shachtman, T, 2014, 47-63.
16. Ferling, J., 2011, 258-277; Shain, B. A., *op. cit.*, 438-459.
17. Potts, L. W., 1981, 148.
18. Wills, G., *op. cit.*, 328.
19. Lee, R. H., 1911-1914, vol. 1, 176-179.
20. Alden, J. R., 1957, 211.
21. Shain, B. A., *op. cit.*, 462-464.
22. Adams, J., 1850-1856, vol. 2, 503.
23. Lee, R. H., *op. cit.*, vol. 1, 198.
24. Shain, B. A., *op. cit.*, 461-462; Maier, P., *op. cit.*, 41-46; Ferling, J., 2011, 3-7; Wills, G., *op. cit.*, 325-333.
25. Adams, J., *op. cit.*, vol. 2, 505.
26. Nettles, C. P., 1946, 36-37.

27. Ellis, J. J., 1999, 15-21.
28. Kite, E. S., 1928, 410.
29. Bailyn, B., 1967, 26-27.
30. Shain, B. A., *op. cit.*, 490-493. *Vid.* en Raphael, R., 2014, 125-129 una comparación del texto de Jefferson con la Declaración de Derechos de Virginia de George Mason, que le sirvió de modelo.

DESPERTA FERRO



EDICIONES

1

EL CAMINO A LA GUERRA

Era la tarde, curiosamente cálida, del 10 de febrero de 1763.¹ Un carruaje que transportaba a dos representantes oficiales, uno de Francia y otro de España, traqueteaba calle abajo por la *rue Saint-Dominique*, en la orilla izquierda del Sena, a solo unas manzanas del río. Después de pasar entre filas de imponentes edificios, entró bajo el arco redondo y a través de la puerta de doble hoja de un sencillo pero digno *hôtel particulier* [palacete] y se detuvo en el patio. Los funcionarios descendieron del vehículo, se dirigieron a la derecha, hacia la entrada principal, atravesaron una serie de estancias decoradas con papel azul y blanco a la inglesa y entraron en un distinguido salón de rojas cortinas donde colgaba un retrato no del rey galo, Luis XV, sino de Jorge III de Gran Bretaña. En aquel breve recorrido, aquellos dos hombres habían salido del confortable mundo francés al que estaban acostumbrados y ahora estaban, de hecho, en territorio británico.

Eran César Gabriel de Choiseul-Praslin, ministro galo de Exteriores; y Pablo Jerónimo Grimaldi y Pallavicini, embajador español en Francia. La imponente residencia parisina en la que se encontraban era la vivienda y embajada *de facto* de John Russell, duque de Bedford, que los recibió sentado debido a un ataque de gota. Apenas cinco meses antes había llegado a Francia como ministro plenipotenciario —como embajador, en la práctica— para negociar la paz. Juntos, los tres estaban a punto de firmar un tratado que daría fin de manera formal a la ruinosa guerra que había envuelto no solo a sus tres países, sino también a la mayor parte de Europa y lugares tan lejanos como la India y Norteamérica.

La Guerra de los Siete Años, según la denominación que se popularizó más tarde, había comenzado en 1754 con una serie de escara-

muzas entre fuerzas británicas y francesas en el valle del Ohio. En dos años, ya se había extendido a la Europa continental y por todo el orbe. El momento de inflexión del conflicto sucedió en 1759; entonces, Gran Bretaña acumuló un rosario de impactantes victorias por tierra y por mar que acabaron diezmado las flotas francesas y españolas y le dieron el control de enclaves que iban desde Canadá y el Caribe hasta Asia.

En 1762, Francia y España ya no tenían más alternativa que pedir la paz. Choiseul-Praslin encabezó las negociaciones por la parte francesa. España envió a Grimaldi a petición de los ministros galos; ya habían negociado tratados antes con él y lo consideraban «excelsamente dotado en el arte de conciliar el acuerdo y la amistad entre los bandos enfrentados». ² El gabinete británico eligió al duque de Bedford, de riqueza astronómica, cuya red de contactos sociales y su firme posición a favor de la paz facilitarían que se ganara la confianza de los franceses. Los tres hombres eran de temperamentos muy distintos. Se ha descrito a Choiseul-Praslin como «sensato, trabajador [...] seco de carácter, de una reserva casi impenetrable [...] del todo carente de gracias». ³ En cambio, Grimaldi, nacido en Italia, impresionó de manera favorable al historiador británico Edward Gibbon —entonces inmerso en su *Grand Tour** por Europa—. Este lo describió como un acaudalado hombre de mundo que «daba bailes todas las semanas, cuya magnificencia solo se ve superada por su cortesía y elegancia» ⁴ (de hecho, los diplomáticos mencionados acababan de asistir, la noche anterior a la firma del tratado, a una de las famosas veladas de Grimaldi, la cual había acabado a las 10 de la mañana). Gibbon no tenía tan buena opinión de Bedford, de quien decía que su «gravidad y avaricia» ⁵ lo convertían en el hazmerreír de París». El ministro francés, por su parte, vio en Bedford «un hombre muy bueno, muy educado, bienintencionado, deseoso de ultimar la paz». ⁶

Aunque es seguro que Bedford estaba «ansioso por cerrar el tratado de paz», se cuidaba de actuar solo dentro de los límites marcados por su gobierno. La cierto es que se lo podía permitir, dado que Gran Bretaña gozaba entonces de una posición inmejorable, tanto en sentido literal como metafórico. Durante el curso de varios meses, los tres hombres elaboraron un tratado que reconocía su supremacía y alteraba la escena internacional a su favor. Bedford, mientras se negociaban los detalles, también se ocupó del

* N. del T.: El *Grand Tour* era un viaje por Europa que emprendían jóvenes aristócratas —principalmente británicos, pero también de otros países— como parte de su educación y que fue costumbre desde mediados del siglo XVII. Se consideraba obligatorio el paso por Francia y sobre todo por Italia.

amueblamiento de su vivienda urbana en la *rue Saint-Dominique* con los últimos lujos de Londres, que iban desde una exquisita cubertería de plata a los primeros inodoros que hubo en París. Esta suntuosa redecoración no se debía a la «rigidez y avaricia» del embajador británico, sino que se trataba, más bien, de una afirmación política. Cuando Choiseul-Praslin y Grimaldi cruzaron el umbral de la residencia de Bedford en la tarde del 10 de febrero, aquel ambiente londinense sirvió para recordarles que entraban en un nuevo mundo dominado por los británicos.

LA GUERRA DE LOS SIETE AÑOS: UN CONFLICTO GLOBAL

La Guerra de los Siete Años fue un conflicto distinto de todos los que aquellos experimentados diplomáticos habían conocido hasta entonces. Desde alrededor de 1625, a Europa la habían asolado, cada década, guerras en las que se debatían sus grandes potencias: Francia, España e Inglaterra (Gran Bretaña tras la unión con Escocia de 1707). Aunque las causas concretas de cada lid eran variables e iban desde el control del comercio marítimo hasta la simple expansión territorial, todas tenían su origen en el sistema de relaciones internacionales imperante, conocido como el «equilibrio de poderes». ⁷ Una enciclopedia dieciochesca lo define como «un sistema de equilibrio que se usa en la política moderna en el que las potencias se contienen unas a las otras, de modo que ninguna predomine en Europa hasta el punto de que todo lo invada y domine el mundo». Dicho de otro modo, en el momento en que cualquier nación llegaba a ser demasiado poderosa (por ejemplo, Gran Bretaña), las potencias más débiles como Francia y España se aliarían para contenerla. Aliados y enemigos cambiaban con frecuencia de bando entre una guerra y la siguiente, según oscilase el equilibrio de fuerzas.

Durante la mayor parte del siglo y medio anterior, las contiendas resultantes de estas alianzas cambiantes rara vez habían sido decisivas y, en general, habían preservado el equilibrio en Europa e impedido que ninguna nación dominara el continente. Una de las de mayores repercusiones había sido la Guerra de Sucesión española (1701-1714). Al morir el monarca español Carlos II de la dinastía de Habsburgo sin descendencia, en 1700, dejó en testamento su corona a su sobrino nieto, el príncipe Borbón Felipe de Anjou (que se convirtió en Felipe V). Aquello dio comienzo a una lucha que enfrentó a Gran Bretaña, la República Holandesa y Austria contra Francia y España por la herencia del trono español. Francia y España salieron victoriosas, con el resultado de que

el Imperio español pasó a la dinastía Borbón y no a la Habsburgo que apoyaba Gran Bretaña. A pesar de todo, España perdió a manos de esta última dos enclaves vitales del Mediterráneo, Menorca y Gibraltar, si bien conservó sus valiosas posesiones americanas y las Filipinas. Más recientemente, la Guerra de Sucesión austriaca de 1740-1748, en la que muchos de aquellos beligerantes repitieron más o menos las mismas alianzas, y en la que ambos bandos habían obtenido victorias y derrotas, acabó en líneas generales en el mismo *statu quo ante bellum*: se dice que Luis XV declaró que devolvería todos los territorios conquistados «ya que deseaba llegar a la paz no como un comerciante, sino como un Rey».⁸

La Guerra de los Siete Años, que, en realidad, duró casi nueve, comenzó, en parte, justo porque aquellos conflictos previos no habían alterado mucho el equilibrio de poderes y no habían resuelto las disputas territoriales subyacentes, en especial en Norteamérica.⁹ España fue la primera potencia europea en fundar una colonia permanente en Norteamérica, en Puerto Rico, en 1508, a la que siguió en 1533 el virreinato de Nueva España, que, con el tiempo, llegó a abarcar lo que hoy es México, Florida y gran parte del área occidental de Estados Unidos. Francia fundó su virreinato de Nueva Francia en 1534, aunque no estableció asentamientos fijos en Canadá y Luisiana hasta 1608 y 1686, respectivamente. El primer asentamiento británico tuvo lugar en 1607, en Jamestown, y fue el origen de las trece colonias que, en 1733, ya llegaban desde la costa oriental hasta los montes Apalaches. En el proceso de expansión de los territorios de las tres potencias coloniales a lo largo de dos siglos, hubo choques inevitables entre ellas y también con los pueblos nativos norteamericanos, cuyas tierras usurpaban sin cesar.

La causa inmediata de la Guerra de los Siete Años fue un conflicto en el valle del Ohio, parte entonces de la imprecisa frontera entre Nueva Francia y las colonias británicas que había quedado sin resolver por las prisas en concluir la Guerra de Sucesión austriaca. Aunque la región estaba habitada por las tribus iroquesas, Francia la veía como un pasillo estratégico que unía Canadá y Luisiana, mientras que para Gran Bretaña era un territorio de expansión natural de sus colonias hacia el oeste que se podía vender a granjeros y especuladores.

La Compañía del Ohio de Virginia [Ohio Company of Virginia] fue creada en 1748 por propietarios de plantaciones, como Lawrence y Augustine Washington, para sacar provecho de esa expansión hacia el oeste. El vicegobernador de Virginia, Robert Dinwiddie, que también era uno de los accionistas principales de la citada compañía, le concedió 200 000 hectáreas en el valle del Ohio. En 1752, la compañía firmó un

tratado con las tribus iroquesas que le concedía el acceso y el derecho a construir un fuerte en la estratégica confluencia de los ríos Allegheny y Monongahela, en la actual Pittsburgh. El único problema era que el adversario de Dinwiddie, Michel-Ange, marqués de Duquesne y gobernador de Nueva Francia, también había planeado construir fortificaciones en la misma área.

Para tomar el control de la región, tanto Duquesne como Dinwiddie comenzaron a promulgar una serie de órdenes cada vez más belicasas a sus tropas que aumentaron las tensiones. Las instrucciones que le llegaban a Duquesne de Francia le pedían detener a los británicos e «impedir que acudan allí a comerciar confiscándoles sus mercancías y destruyendo sus puestos avanzados».¹⁰ Cuando comenzó a construir fuertes para evitar que fueran los británicos quienes lo hicieran, Dinwiddie le envió una carta para exigirle su retirada. La entrega del mensaje la encomendó a un nuevo miembro de la Compañía del Ohio, el hermanastro de 21 años de Lawrence y Augustine Washington. George Washington, que por entonces ya era un experimentado agrimensor y tenía el rango de mayor en la milicia de Virginia, dirigió un pequeño grupo que se abrió paso a través del paisaje invernal hasta el fuerte Le Boeuf, a orillas del lago Erie. El comandante francés despachó a Washington de vuelta con una breve nota que afirmaba: «No pienso que esté obligado a obedecerlo».¹¹

A principios de 1754, Dinwiddie envió otra vez a Washington, ascendido a teniente coronel del recién creado Regimiento de Virginia, a proteger a los trabajadores que la Compañía del Ohio había enviado a construir un fuerte en la confluencia de los ríos Allegheny y Monongahela. Washington pronto comprobó que dichos trabajadores habían sido expulsados por una guarnición francesa que ya estaba construyendo su propio fuerte Duquesne en aquel lugar. Las órdenes que Dinwiddie le había dado para los galos eran bastante claras: «[...] en caso de resistencia, tomar prisioneros o matarlos y destruirlos».¹² Washington decidió emboscar al grupo de reconocimiento que los franceses habían enviado en su búsqueda. El 28 de mayo, con ayuda de algunos guerreros iroqueses, sus tropas cayeron sobre el campamento galo y, en quince minutos, mataron, hirieron o capturaron a todos los soldados excepto uno.

La batalla de Jumonville Glen (así llamada por el jefe de las tropas francesas, que cayó en el combate) se ha reconocido más tarde como la chispa que encendió la Guerra de los Siete Años y precipitó la Guerra de la Independencia de Estados Unidos. Pero, por entonces, era imposible que Washington pudiera entrever las dimensiones globales del primero de estos conflictos y aún más imposible que imaginara su papel

de dirección en el segundo. Su única preocupación debió ser regresar al cercano fuerte *Necessity* para preparar la defensa ante el previsible contraataque francés. Cuando este sucedió, el 4 de julio, Washington (entonces ya coronel) se vio obligado a rendirse a la fuerza gala, muy superior, y volvió a Virginia. La noticia de las batallas llegó a Europa al acabar aquel verano. Gran Bretaña y Francia comenzaron a enviar buques y soldados para reforzar sus colonias: un millar de soldados británicos comandados por el general Edward Braddock al valle del Ohio y 3600 franceses a Canadá. Lo que había comenzado como escaramuzas fronterizas ampliaba con rapidez su alcance para convertirse en una guerra entre las dos superpotencias europeas.

La decidida defensa francesa de su colonia de Nueva Francia tenía más que ver con la política europea que con el interés económico por la colonia. Los ingresos que se recibían por el comercio de pieles en Canadá y la pesca de bacalao en Acadia palidecían en comparación con las plantaciones de caña de azúcar caribeñas de la colonia francesa de Saint-Domingue,* mucho más rentables, y de las islas de Granada, San Vicente, Martinica y Guadalupe. La temporada de cultivo en Canadá era tan breve que apenas daba para dar de comer a sus habitantes y del todo insuficiente para sostener un contingente significativo de tropas que pudiera llegar desde Francia. El acceso marítimo a la región estaba protegido por la base naval de Luisburgo, en Nueva Escocia, una de las fortificaciones navales más caras de las construidas hasta entonces en Norteamérica. El autor y polemista francés Voltaire, siempre atento a la opinión del momento, hablaba con frecuencia despectivamente de Canadá como «unos pocos acres de nieve»¹³ que no merecían las enormes inversiones que Francia gastaba allí sin cesar.

No obstante, Nueva Francia servía de contrapeso frente a las ricas colonias británicas con las que limitaba al sur y convertía a Francia en una gran potencia a ojos de sus aliados europeos y también de sus adversarios. Su pérdida, desde la óptica del gobierno galo, minaría la posición de Francia en Europa y amenazaría su seguridad. El gabinete británico también pensaba que necesitaba detener las incursiones francesas en Norteamérica para mejorar su propia posición en Europa.

En las escaramuzas de 1754 solo habían participado fuerzas coloniales. En 1755, en cambio, chocaron los propios ejércitos de las dos

* N. de. T.: Saint-Domingue, o Santo Domingo francés, era la colonia francesa situada en la parte oriental de la isla de La Española o Santo Domingo. Una vez independiente, pasó a denominarse Haití.

potencias europeas. El mayor general Edward Braddock avanzó hacia el fuerte Duquesne, en julio, con regulares británicos y tropas coloniales, entre las que figuraba su edecán George Washington. Braddock sufrió una derrota aplastante y sangrienta en la batalla de Monongahela, a manos de un contingente francés muy reforzado con guerreros nativos (los colonos británicos se referían a la Guerra de los Siete Años como la «Guerra Franco-India»,* debido a que en ella franceses e indios fueron sus adversarios principales). Las fuerzas galas y nativas también hicieron retroceder a los británicos en el norte de la colonia de Nueva York. Por su parte, efectivos británicos expulsaron a la población francesa de Acadia y de Nueva Escocia.

En 1756 ya estaba claro, tanto en Londres como en París, que la, hasta entonces no declarada, guerra de Norteamérica podía desencadenar un ataque de Francia sobre un Estado del norte de Alemania –Hannover, que gozaba de la protección del rey Jorge II de Gran Bretaña, nacido allí– con la intención de usarlo como moneda de cambio en la disputa territorial americana. Los preparativos políticos de esta eventualidad acabaron recibiendo varias denominaciones: «Revolución Diplomática»,¹⁴ «Reversión de las Alianzas» o, de forma más poética, «la Cuadrilla de los Estados», en alusión a la danza de la cuadrilla, popular por entonces, en la que se encadenaban varios intercambios de pareja. Las alianzas previas, que se habían mantenido a lo largo de las dos guerras de sucesión anteriores, pronto se rompieron y se sustituyeron por otras. En enero de 1756, Gran Bretaña firmó un tratado con su antigua enemiga, Prusia, para que esta protegiera Hannover. Prusia, a cambio, conseguía el apoyo de Gran Bretaña ante a la amenaza, cada vez mayor, de Rusia. Unos meses después, la Francia de los Borbones se aliaba con su tradicional némesis, la Austria de los Habsburgo, de modo que las fuerzas galas y austriacas pudieran amenazar Hannover y para que Austria contara con la ayuda francesa para recobrar la región de Silesia, rica en recursos mineros, que Prusia le había ganado en la última contienda. Al tomar cuerpo estas nuevas alianzas, Francia se apoderó de Menorca, que Gran Bretaña había arrebatado a España cincuenta años antes. Gran Bretaña declaró la guerra a Francia en mayo de 1756; Francia hizo lo propio al mes siguiente. En aquel punto, el conflicto se transformó en una lucha global en la que se distinguían dos pugnas separadas: una primera entre Gran Bretaña y Francia, en alta mar y en sus colonias; y una segunda, sobre todo entre Prusia y Austria, en la Europa continental.

* N. del T.: La denominación exacta inglesa, empleada por el autor, es «French and Indian War», lit. «Guerra Francesa e India».

Las hostilidades comenzaron primero en Europa, apenas unas semanas tras la declaración de guerra. En las etapas iniciales, las tropas francesas derrotaron a las alemanas y británicas y ocuparon Hannover –para gran disgusto del rey Jorge II– al tiempo que Austria lograba tomar Breslavia, en Silesia. En el transcurso de la guerra, Prusia no solo tuvo que luchar contra Francia y Austria, sino también contra Rusia y Suecia. El rey de Prusia, Federico II (el Grande) demostró ser un brillante y práctico estratega, así como un comandante innovador. De la Prusia de Federico se ha señalado, más tarde, que «no era un país con un ejército, sino un Ejército con un país».¹⁵ Durante su reinado, Prusia se convirtió en una sociedad muy militarizada –había un soldado por cada catorce habitantes, mientras que en Francia y Gran Bretaña la proporción era de solo uno por cada cien–.¹⁶ Los soldados prusianos estaban muy bien entrenados, empleaban tres meses al año en maniobras militares y su precisión y disciplina rara vez tenían rival en el campo de batalla. Una y otra vez, durante la Guerra de los Siete Años, Prusia fue capaz de superar situaciones de gran desventaja e inferioridad numérica y, al final, pudo conservar Silesia y llegar a un empate con Austria.

En cambio, la lucha entre Gran Bretaña y Francia tomó un cariz del todo favorable para la primera, pese a algunas victorias iniciales de la segunda. En 1757, Francia rechazó con éxito un importante ataque británico sobre Luisburgo, construyó el fuerte Carillon en una posición de gran importancia estratégica, en el extremo sur del lago Champlain, en Nueva York, y destruyó el fuerte William Henry en el lago George, a solo unos kilómetros de distancia. Aquel mismo año cambió el gobierno británico, que pasó a estar dirigido por el primer ministro y primer lord del Tesoro Thomas Pelham-Holles, duque de Newcastle, con William Pitt el Viejo, conde de Chatham, en el puesto de secretario de Estado del Departamento Sur, entonces encargado de la defensa y la política en relación con las colonias americanas. En las cuestiones referentes a la guerra, Pitt llevaba las riendas y Newcastle controlaba la bolsa del dinero.

Pitt era partidario de llevar la lucha directamente donde estaba el enemigo. Primero ordenó una serie de *descents* [asaltos anfibios] sobre puertos y astilleros franceses, pero resultó un fracaso. En 1758, la lucha comenzó a tornarse a favor de los británicos gracias a la toma de Luisburgo (en Canadá) y a desembarcos en los lucrativos asentamientos esclavistas franceses de África Occidental. La Marina británica capturó con audacia buques de guerra y mercantes franceses, lo que privó de muchos marinos experimentados a la flota gala. En Norteamérica, Gran Bretaña comenzó a recuperar con denuedo el territorio que había perdido durante

los dos años anteriores. La firma de un tratado de paz con los lenapes (en Delaware), los shawnees y otros pueblos nativos norteamericanos llevó a que retirasen su apoyo a los franceses en el valle del Ohio. Comandados por el general de brigada John Forbes, una fuerza de soldados británicos y un enorme contingente de tropas coloniales, entre las que estaba el 1.^{er} Regimiento de Virginia del coronel George Washington, aprovechó sin pérdida de tiempo esta debilidad para atacar el fuerte Duquesne, que fue destruido por la minúscula guarnición francesa antes de retirarse. En el mismo lugar, los británicos construyeron el fuerte Pitt y el asentamiento circundante de Pittsborough (después Pittsburgh), bautizado en honor del mandatario que había impulsado la campaña.

El año de 1759 fue calificado por la prensa satírica londinense de *annus mirabilis*, pero para Francia fue un *annus horribilis* —el comienzo de cuatro años de victorias británicas concatenadas que amenazarían sus posesiones por todo el mundo y que supusieron su fin en Norteamérica—. En el Caribe, la Marina británica se apoderó de Guadalupe, a la que seguirían Martinica y Granada. En el norte, varios fuertes franceses cayeron uno tras otro en el valle del Ohio; y en el este, los británicos tomaron el fuerte Carillon, que reconstruyeron y llamaron Ticonderoga. Una vez neutralizado Luisburgo, Gran Bretaña comenzó el asedio de la ciudad de Quebec, capital de Nueva Francia. Dicho asedio acabó en una violenta batalla de quince minutos en las Llanuras de Abraham, en las afueras de la ciudad, en la que el general británico James Wolfe se enfrentó al general francés Louis-Joseph, marqués de Montcalm: ambos perecieron en la batalla. Al año siguiente, tras la caída de Montreal, Nueva Francia dejó de existir y Canadá pasó a estar controlada por los británicos.

Estas impactantes derrotas provocaron un giro en la planificación estratégica gala: se orilló el enfoque de librar batallas en la periferia y se comenzó a planear un asalto en toda regla contra la propia Gran Bretaña. La nueva estrategia fue idea de Étienne François, duque de Choiseul, más joven, pero de mayor trascendencia política que su primo, César Gabriel de Choiseul-Praslin. Tras una carrera de soldado y diplomático, en octubre de 1758, Choiseul fue nombrado secretario de Estado de Asuntos Exteriores. Luis XV necesitaba, para manejar su díscolo gabinete en tiempos de guerra, algo más que un mero ministro de Exteriores. Lo que le hacía falta era un ministro jefe y el bajito y sonrosado Choiseul, cuyo aspecto infantil escondía una certera inteligencia política y una enorme capacidad de trabajo, asumió dicho puesto *de facto* aunque no fuera nombrado como tal.¹⁷

Igual que su equivalente británico, William Pitt, Choiseul deseaba llevar la lucha al propio territorio del enemigo. Planeaba aprovechar la debilidad de las tropas encargadas de guarnecer Gran Bretaña mediante la ejecución de un desembarco anfibio en su costa. Este obligaría al gobierno británico a desviar recursos de sus campañas europeas y, a la vez, sería un golpe a la confianza de los inversores que hundiría su capacidad de conseguir fondos para la guerra en los mercados financieros. Se construyeron sin dilación más de 300 embarcaciones en la costa del Atlántico para transportar más de 40 000 hombres a Portsmouth y se previó también una incursión de distracción contra Escocia. Sin embargo, un ataque británico sobre Le Havre inutilizó muchos de los botes y, en una devastadora batalla naval que tuvo lugar en noviembre de 1759 en la bahía de Quiberon, en la costa de Bretaña, resultaron destruidos los buques que debían escoltar el desembarco. Estos sucesos interrelacionados dieron al traste con cualquier esperanza de invadir Gran Bretaña. Las noticias que llegaban de la India francesa eran también malas: fuerzas de la Compañía Británica de las Indias Orientales [East India Company] habían tomado y saqueado la colonia de Pondicherry (Puducherry).

Choiseul no tardó en asumir el papel de ministro de la Guerra, a la vez que conservaba su agenda de Asuntos Exteriores. Las negociaciones de paz iniciales con Gran Bretaña habían fracasado, por tanto, inició conversaciones con el gobierno de España para llegar a una alianza. El monarca español, Carlos III, era, de hecho, el primo menor de Luis XV; ambos pertenecían a la familia Borbón. Francia y España habían firmado ya dos veces lo que se denominaron Pactos de Familia, en 1733 y 1743, en los que se prometían apoyo mutuo y ayuda en caso de guerra, como forma de contención ante la hegemonía británica. En esta nueva ocasión, los dos reyes y sus ministros pensaban que Gran Bretaña volvía a amenazar el equilibrio de poderes y se conjuraron para restablecerlo. Madrid envió a Jerónimo Grimaldi a negociar el acuerdo y Choiseul y Grimaldi firmaron el Tercer Pacto de Familia borbónico el 15 de agosto de 1761. Este obligaba a España a declarar la guerra a Gran Bretaña al año siguiente en caso de que no se hubiera alcanzado la paz y Francia se comprometía a apoyar a España si esta era atacada. No obstante, era dudoso que Francia pudiera hacer efectiva dicha promesa en las circunstancias que atravesaba: su flota estaba siendo machacada por la Marina británica, que construía diez barcos y capturaba diez presas francesas por cada nave que construían o capturaban los galos.¹⁸

La noticia de la firma del secreto Pacto de Familia se filtró a Gran Bretaña, que, pese a la desconfianza de Newcastle acerca de la conve-

niencia de emprender otra campaña más, declaró la guerra a España, como medida preventiva, en enero de 1762. España ya tenía puesta la mira en Portugal, aliado británico y cuyo ejército contaba apenas con la mitad de efectivos que el español. Sin embargo, el primer ministro portugués, Sebastião José de Carvalho e Mello, marqués de Pombal, ya había solicitado ayuda militar a los británicos y, con su apoyo, rechazó al contingente español en la que más tarde se denominó Guerra Fantástica. Choiseul propuso entonces a España una invasión anfibia conjunta de Gran Bretaña, pero esto tampoco llegó a suceder debido a que ambas armadas no fueron capaces de coordinar sus acciones.¹⁹ Los últimos golpes se sufrieron más avanzado ya el año: los británicos capturaron Manila y La Habana. Una pérdida esta última en extremo traumática: era la joya de la corona española, su puerto el de más calidad y el mejor defendido del Caribe y en él se construían más barcos de guerra que en cualquier astillero de España.²⁰ La alocada decisión española de entrar en la Guerra de los Siete Años había dado como resultado una terrible serie de pérdidas que costó muy caro recuperar en las posteriores negociaciones de paz.

EL TRATADO DE PARÍS

Los hombres que habían dirigido la contienda no fueron los mismos que firmaron el tratado de paz. En 1762, Choiseul asumió la jefatura del Ministerio de Marina, pero sin perder su puesto de ministro de la Guerra. Su primo Choiseul-Praslin, que, como él, era un antiguo soldado y diplomático, se convirtió en el nuevo ministro de Exteriores. De todas formas, ambos pensaban de forma similar. Tenían ante sí una tarea ardua: el estado de la flota francesa era calamitoso, un elevado número de sus buques estaba bloqueado por el enemigo y la carencia de fondos era tan grave que recurría a la venta de material para saldar deudas. Canadá se había perdido, igual que la mayor parte de las colonias del Caribe, África y Asia. «Como no sabemos hacer la guerra –reconocía Choiseul en privado–, debemos hacer la paz».²¹

En la otra orilla del canal de la Mancha, Pitt y Newcastle, los arquitectos principales de la brillante victoria británica, estaban ya de salida. En 1760, murió Jorge II y Jorge III le sucedió en el trono. El nuevo rey de 22 años, aunque tenía una estrecha relación con su abuelo, hizo cambios importantes en el gobierno. Nombró primer ministro al que había sido su tutor durante muchos años, John Stuart, conde de Bute, que tenía tanto deseo de hacer las paces como Pitt de guerrear. Una de

las primeras medidas de Bute al asumir su cargo fue formalizar las negociaciones de paz mediante el intercambio de diplomáticos con Francia. La elección obvia recayó en el bien relacionado e influyente duque de Bedford. Aunque la mayor parte de las decisiones se acordaron en París, Choiseul-Praslin eligió a Louis-Jules Mancini-Mazarini, duque de Nivernais, para que negociara en la corte británica. En septiembre, Bedford y Nivernais se reunieron en Calais antes de la asunción de sus respectivos cargos.

Todas las partes comprendían que Francia y España tendrían que abonar un significativo coste territorial por la guerra. Aunque Bute era consciente de que las condiciones de paz debían ser tan generosas como fuera posible para evitar un enfrentamiento posterior, Nivernais indicaba en sus informes que el primer ministro soportaba una enorme presión, por parte de los aún poderosos partidarios de Pitt, para que dejara inutilizada a la Marina francesa. Las negociaciones preliminares que se desarrollaban en Fontainebleau se detuvieron cuando el embajador español, Jerónimo Grimaldi, planteó que las demandas territoriales de los británicos les darían el control casi total del golfo de México y se negó a aceptar aquellas condiciones. Choiseul estaba furioso: «¿Quiere el rey de España la guerra o quiere la paz?»,²² le preguntó al embajador francés en Madrid, Pierre Paul, marqués d'Ossun. «Debe aceptar los artículos» del tratado o seguir luchando, dijo Choiseul. «No hay término medio». El *impasse* se superó en octubre, al recibirse la noticia de la pérdida de La Habana. Luis XV le ofreció a su primo Carlos III la Luisiana, en compensación por los territorios que España podría perder en las negociaciones de paz. Dicho territorio devolvería a España, al menos en parte, cierta capacidad de control del golfo de México. Ante la gravedad de la pérdida de La Habana y la necesidad de recuperarla, aquel ofrecimiento salvaba, al menos, las apariencias, por ello, Carlos III accedió. Choiseul-Praslin, Grimaldi y Bedford firmaron el tratado preliminar en Fontainebleau, el 3 de noviembre. El mismo día, a espaldas de Bedford, Choiseul-Praslin y Grimaldi acordaron en un documento aparte la entrega de la Luisiana a España.

Los tres hombres negociaron las condiciones definitivas entre noviembre de 1762 y febrero de 1763.²³ Francia sufrió en especial la cesión a Gran Bretaña de Canadá, Acadia y Nueva Escocia. Al perder también la Luisiana, el país quedaba prácticamente ausente de Norteamérica. A pesar de todo, conservó el acceso a los bancos de pesca de la costa de Terranova y del golfo de San Lorenzo y también retuvo las pequeñas y rocosas islas de San Pedro (Saint-Pierre) y Miquelón (Mi-

quelon) para el secado y procesamiento del pescado. Su importancia estratégica iba mucho más allá de la mera provisión de alimentos: la principal debilidad histórica de la Marina gala había sido la carencia de personal y en dichas pesquerías se formaba un tercio de sus marineros, aproximadamente.²⁴

Gran Bretaña devolvió a Francia las principales islas productoras de azúcar, Martinica y Guadalupe, y se quedó con Granada y San Vicente. También arrebató a Francia sus antiguos asentamientos comerciales en África, excepto la isla de Gorea, dedicada al comercio de esclavos, en la costa del actual Senegal. El territorio francés en la India se redujo a apenas unos pocos asentamientos comerciales, de los que el mayor fue la bella ciudad blanca de Pondicherry, que se reconstruyó en solo dos años. Francia, en compensación, devolvió Menorca al dominio británico.

Gran Bretaña también fue generosa al devolver Manila a España, pero exigía la entrega de Puerto Rico o de la Florida para devolver La Habana. Puerto Rico era demasiado valioso para España, así que se entregó la Florida, de la que un político bisbiseó que era «un territorio deshabitado».²⁵ España también se vio forzada a conceder a Gran Bretaña derechos de tala en la región de Honduras, en Guatemala. En Europa, la situación volvió más o menos al *statu quo ante bellum*. Los escasos efectivos españoles que aún quedaban en Portugal salieron del país. Por su parte, Prusia y Austria retiraron sus ejércitos de los territorios que ocupaban fuera de sus respectivas fronteras y firmaron un acuerdo de paz.

El definitivo Tratado de París, según Bedford, «consiguió mucho más de lo que esperaba»,²⁶ ya que no hacía «ninguna cesión contraria a mis instrucciones». El inalterado paisaje de Europa escondía un desplazamiento tectónico que había dado un vuelco a su equilibrio político. Aunque Gran Bretaña había perdido casi todos sus aliados en Europa, la balanza del poder se había inclinado tanto a su favor que pensaba que dichos aliados ya no tendrían mucha importancia. Gran Bretaña controlaba la mayor parte de Norteamérica, sus colonias repartidas por todo el globo podían comerciar sin trabas y, por primera vez, podía decirse que «gobernaba las olas», como rezaba la popular canción.* Por tanto, aquella tarde del 10 de febrero fue muy lógico que la ceremonia de la firma del tratado por parte de Choiseul-Praslin, Grimaldi y Bedford tuviera

* N. del T.: La canción es *Rule, Britannia!*, cuyo verso más conocido es: «Rule, Britannia!, Britannia rule the waves!» [«¡Gobierna, Britania! ¡Britania gobierna las olas!»].

lugar en un salón completamente británico y no en una antesala del palacio real de Versalles.

La noticia del tratado se celebró en Gran Bretaña con espectaculares fuegos artificiales en el Green Park de Londres.²⁷ Francia y España, aunque pueda sorprendernos, también lo celebraron con fuegos artificiales frente al Hôtel de Ville en París y en el parque del Buen Retiro en Madrid. Tras la anterior Guerra de Sucesión austriaca, el pueblo galo, frustrado por haber derramado tanta sangre sin que nada se obtuviera, había acuñado la expresión «estúpido como la paz» [*bête comme la paix*]. Ahora, ante la evidencia de que el resultado podía haber sido mucho peor que perder «unos pocos acres de nieve», primaba el sentimiento de que la vida podía volver a su cauce normal, aunque fuera a la sombra de la nueva superpotencia europea.

LA ESTRATEGIA DE REVANCHA BORBÓNICA

La vida en Francia parecía volver a la normalidad y los precios y el comercio recuperaron pronto los niveles previos a la guerra.²⁸ El turismo resurgió en ambas direcciones a través del canal de la Mancha. El célebre *Grand Tour* que emprendía la mayoría de los jóvenes aristócratas británicos para conocer la cultura, la historia y el arte de Europa (sobre todo de Francia e Italia) se había visto gravemente interrumpido durante la Guerra de los Siete Años. Al concluir la contienda, a finales de 1762, los caballeros adinerados, como el ya mencionado Edward Gibbon, reanudaron la costumbre incluso antes de que se firmara el tratado de paz. No obstante, después de la guerra, estos viajes por el continente no fueron tan espléndidos y lujosos como en el pasado. El autor de la *Guía del caballero durante su viaje por Francia* [*Gentleman's Guide, in His Tour through France*] recomendaba a los viajeros «no gastar más dinero en el país de nuestro enemigo natural que el que sea necesario para mantener, con dignidad, la persona de un inglés».²⁹

El final de la guerra también alumbró un *Grand Tour* inverso desde Francia a Gran Bretaña y una súbita fascinación entre los franceses por todo lo británico. Se hizo popular el concepto «anglomanía»³⁰ para describir la repentina ola de moda británica en las calles de París, las obras de teatro en francés acerca de la vida británica e incluso la introducción del estilo natural de los jardines ingleses en los serios y formales *jardins galos*. Los turistas franceses comenzaron a invadir Gran Bretaña en bandadas, lo que provocó la queja de un aristócrata británico: «Londres abunda en franceses».³¹ Los galos veían Londres de la misma forma

en que futuras generaciones de estadounidenses vieron París, como el lugar donde expandir sus horizontes. El escritor y filósofo Jean-Jacques Rousseau se zambulló allí en el estudio de la botánica,³² mientras científicos como Jérôme Lalande y Charles-Marie de La Condamine cenaban con célebres autores británicos como Samuel Johnson.³³ Este último, por su parte, atribuía la reciente anglomanía a la contienda recién acabada: «La paliza que les hemos dado ha conseguido que nos muestren la necesaria reverencia [...] Su petulancia nacional necesitaba de un escarmiento periódico».³⁴

Pero no todos los visitantes franceses asumían esta idea del «escarmiento periódico», ni visitaban Gran Bretaña para absorber su cultura. Casi antes de que se secara la tinta del Tratado de París, oficiales militares galos ya se extendían por el sur de Inglaterra y trataban de pasar desapercibidos entre la muchedumbre de turistas extranjeros, con la intención de conseguir información de la flota británica y los posibles lugares de desembarco en la costa. Dichos oficiales eran parte de un plan de invasión que se había ideado en secreto en los salones de Versalles y en Madrid. Francia y España esperaban aprovechar la experiencia de los últimos intentos, tan costosamente adquirida, para que la próxima invasión fuera un éxito.

Choiseul, en concreto, había fijado la estrategia de invasión de Inglaterra casi desde el momento en que asumió su primer puesto de relevancia. El primer intento de invasión, en 1759, había fracasado porque Francia fue incapaz de contrarrestar la superioridad británica en el mar. El segundo intento, en 1762, fue un fiasco debido a la falta de coordinación entre las flotas francesa y española. Choiseul estaba comprometido a que la tercera ocasión fuera muy distinta. Una vez su viejo aliado Jerónimo Grimaldi volvió a España como ministro principal de Carlos III, los dos iniciaron la planificación de una amplia estrategia de revancha borbónica contra Gran Bretaña, cuya pieza fundamental sería un asalto conjunto sobre Inglaterra.³⁵ El elemento principal de su plan eran las flotas de ambos países. Aunque las costas de Gran Bretaña estaban protegidas por las «murallas de madera» de sus buques de guerra, la propia isla apenas estaba guarnecida por un débil contingente de tropas regulares y milicia. Si Francia y España conseguían desembarcar sus efectivos, Gran Bretaña podía arrollarse con facilidad.

Tanto Choiseul como Grimaldi sabían que harían falta cinco años o más para que ambas Marinas recuperaran una capacidad ofensiva creíble ante la flota británica. Por ello, emprendieron de forma simultánea dos proyectos: en primer lugar, conseguir la información necesaria;

segundo, la creación de una armada borbónica unificada. Mientras tanto, aparentarían ante los británicos que solo deseaban la paz.

Por su parte, el gobierno británico no se hacía falsas ilusiones. Las primeras instrucciones al conde de Hertford, que sucedió a Bedford como embajador en Francia, pedían:

[...] enviarnos información constante de cada paso que se dé en Francia que pueda tender a reforzar la fuerza militar del Reino, y en especial en lo que concierne al agrandamiento de su marina [...] Sin duda, os harán sentidas declaraciones de su amor por la paz y su deseo de perpetuarla sobre la base del acuerdo actual, pero [...] no es fácil creer que la Corte de Francia, y también la de España, no tengan el pensamiento de alcanzar un estado que las permita, en su momento, recuperar las posesiones perdidas y reparar la reputación de sus armas. Y aunque su capacidad para poner en práctica esos planteamientos pueda necesitar aún bastante tiempo, nos corresponde de todas formas estar en guardia y vigilar cualquier movimiento que vaya en esa peligrosa dirección.³⁶

Es por ello que, desde que comenzaron a llegar espías franceses a Gran Bretaña para obtener información vital de la flota británica y los lugares posibles de desembarco, lo hicieron bajo la atenta vigilancia de los británicos. En 1764, Choiseul envió a un joven cadete de la Marina, Henri Fulque, *chevalier* d'Oraison, a que entrara en las bases navales británicas de Plymouth y Portsmouth y también en los astilleros del Támesis. Este más tarde alardearía: «Todo está cerrado para los civiles y los extranjeros, pero soy la prueba de que su vigilancia no es infalible».³⁷ Informó del número y tipo de barcos que se estaban reparando o en construcción y de innovaciones técnicas que, tal vez, podían dar ventaja en la batalla a los buques británicos.

En el mismo momento en que D'Oraison visitaba los astilleros, espías militares inspeccionaban el paisaje inglés en busca de lugares de desembarco y rutas de avance para la invasión.³⁸ Jean-Charles-Adolphe Grand de Blairfindy, un oficial escocés al servicio de Francia, demostró un agudo sentido histórico en la ocasión en que recomendó una población de Kent como el lugar ideal para el desembarco: «Es en Deal donde Julio César, tras haber sido rechazado en Dover, desembarca su ejército cuando conquista Inglaterra».³⁹ Otro oficial del Ejército, Pierre-François de Bévillie, recomendó atacar Portsmouth para inutilizar la flota enemiga y luego proseguir hacia Londres.

A espaldas de Choiseul, también otros espías galos investigaban en Inglaterra los mejores lugares para una invasión. La razón por la que Choiseul, uno de los ministros mejor informados de Francia, desconociera la actividad de estos agentes era que formaban parte de la red secreta de Luis XV, el *Secret du Roi* [Secreto del Rey].⁴⁰ El monarca la había creado veinte años antes con el fin de obtener de forma subrepticia el trono de Polonia para su primo Louis-François, príncipe de Conti. El rey puenteó a su ministro de Exteriores y envió órdenes clandestinas directamente a sus embajadores en países como Suecia, Polonia y al Imperio otomano, con la intención de obtener apoyo político en favor de su primo. Aunque este subterfugio no le consiguió el trono a Conti, Luis XV mantuvo el *Secret du Roi* y lo agrandó, de modo que, al poco, ya enviaba órdenes y obtenía información de más de dos docenas de embajadores y funcionarios de las embajadas, al tiempo que mantenía a sus ministros de Exteriores en la ignorancia de todo aquello. El resultado fue que, en aquel momento, operaban *de facto* dos políticas exteriores, la primera dirigida por el secretario de Estado de Asuntos Exteriores y la segunda por el rey. Los embajadores y funcionarios recibían órdenes contradictorias de Versalles y a la vez dependían de agentes clandestinos de lealtad a menudo dudosa. El resultado fue que el *Secret du Roi* tuvo un efecto corrosivo y, a la postre, destructivo.

Charles-François de Broglie, que había servido como embajador en Gran Bretaña y como general durante la Guerra de los Siete Años, era el miembro del *Secret* en quien más confiaba Luis XV. De Broglie (pronunciado *debroi*; y cuyo apellido italiano original, Broglio, significa «engaño») sabía que, una vez que se firmara el Tratado de París, el embajador, el duque de Nivernais, regresaría de Londres y su cargo lo asumiría el encargado de negocios, Charles de Beaumont, *chevalier d'Éon* y también miembro del *Secret*. De Broglie, como Choiseul, tuvo igualmente la idea de planear una futura invasión de Inglaterra, pero, en su caso, los espías trabajarían desde la embajada gala en Londres.⁴¹ Luis XV dio su visto bueno al proyecto en 1756, pero no informó del mismo a Choiseul.

De Broglie envió a Gran Bretaña a uno de sus antiguos oficiales de ingenieros del ejército, Louis-François Carlet de La Rozière, quien, a su vez, se sirvió de una red propia de espías y pagó a informantes británicos para que confeccionaran mapas de posibles lugares de desembarco. La Rozière hizo dibujos detallados y tomó notas de más de 150 kilómetros de la costa y de las rutas de acceso a Londres, los cuales enviaba a De Broglie a través de D'Éon. Aunque el plan de invasión se tenía que

mantener secreto, no fuera a ser que los británicos lo descubrieran y lo emplearan como excusa para lanzar un ataque preventivo, D'Éon conservó copias de dicha correspondencia. Al mismo tiempo, comenzó a amistarse con la aristocracia británica, a la que ofrecía fastuosas fiestas a costa de la embajada francesa. Además, empezó a vestirse de mujer. De Broglie pasó por alto el comportamiento de D'Éon, cada vez más disparatado, sin dejar de insistirle a Luis XV que pusiera en práctica los planes de invasión. En 1768, después de años de falta de una respuesta positiva del rey, De Broglie obtuvo el permiso para contactar con Choiseul y enviarle sus informes, que se habían obtenido con tanto esfuerzo, y este incorporó sin dilación los planes de De Broglie a los suyos propios.⁴²

La primera parte del proyecto de invasión –obtener la información necesaria– estaba ya casi ultimada y la segunda –crear una flota borbónica unificada– ya estaba bastante avanzada. A principios de 1763, Francia solo tenía cuarenta y cinco navíos de línea (grandes barcos de guerra capaces de aguantar en la línea de batalla que se formaba al enfrentarse con las escuadras enemigas),⁴³ y España, por su parte, apenas treinta y siete, una cantidad que aún quedaba lejos de la cifra necesaria. La tesorería gala estaba muy endeudada tras la guerra –la porción de los ingresos que se empleaba en el pago de la deuda se había duplicado hasta llegar al 60 por ciento–.⁴⁴ En un primer momento, Choiseul tuvo que depender casi en exclusiva de un programa que había instituido durante la guerra, denominado *don des vaisseaux* [donación de barcos]. Se animaba a individuos, pueblos y ciudades enteras a que donaran dinero para construir y equipar buques de guerra. Por este método se obtuvo más de la mitad de los treinta nuevos navíos que se incorporaron a la flota a lo largo de siete años. El enorme *Ville de Paris*, de 90 cañones, que se convirtió en uno de los buques insignia de la flota francesa, recibió el nombre de la ciudad que pagó su construcción. España iba más despacio: en el mismo periodo solo construyó ocho.

Tanto Choiseul como Grimaldi sabían que la mera construcción de barcos no era suficiente para derrotar a la Marina inglesa, dado el penoso desempeño de las flotas borbónicas. Era necesaria una completa reforma e integración de las Marinas a ambos bandos de los Pirineos. En una de sus últimas actuaciones oficiales antes de volver a intercambiarse el puesto con su primo Choiseul-Praslin y recuperar el cargo de ministro de Exteriores, Choiseul, en 1765, promulgó una nueva Ordenanza Naval que redujo la burocracia y estableció una estricta serie de «clases» que estandarizaba los tipos y dimensiones de los barcos, de manera que pudieran maniobrar y combatir juntos como una única

unidad, así como fundó el primer cuerpo profesional de constructores de barcos del mundo, cuya tarea sería emplear los principios científicos en su diseño y construcción.⁴⁵ El objetivo era que cada clase de buques fuera superior a su equivalente británica. Estos mecanismos de simplificación, estandarización y mejora de la flota crearían, según esperaba Choiseul, una Marina más efectiva sin gran aumento de su coste.

La tarea de Grimaldi, por su parte, fue reconstruir la flota española según unas normas similares a las francesas para que pudieran operar conjuntamente. Esto significaba no solo importar tecnología gala, sino también los conocimientos para su empleo. En 1765, Grimaldi pidió a Choiseul que le enviara ingenieros franceses que permitieran a la construcción española de barcos y cañones alcanzar los estándares del país vecino. Para la primera labor, Choiseul envió a Jean-François Gautier, un constructor de barcos de nivel medio, que se puso al frente de toda la construcción de barcos española. Gautier descartó pronto los diseños españoles anteriores, más robustos, y comenzó con un navío de 74 cañones, el San Juan Nepomuceno, la construcción de buques más ligeros y rápidos, al estilo francés, de acuerdo con las instrucciones de la Ordenanza Naval de Choiseul. El constructor galo comprendía a la perfección los objetivos de Grimaldi: «[...] mi obligación que es la de mirar a los bajeles de España y Francia como si formaran una sola Armada».⁴⁶

Para la segunda petición de Grimaldi, Choiseul envió a España, también en 1765, al ingeniero de artillería suizo-francés Jean Maritz.⁴⁷ Este instaló fundiciones que empleaban la misma técnica recién introducida en Francia por la que los cañones se fundían como una pieza maciza que luego se barrenaba, lo que conseguía más potencia y mejor precisión en el disparo. Maritz siguió las nuevas normativas galas en cuanto al tamaño y calibre de los cañones, por ello, la anterior mezcolanza de calibres de la artillería naval española se vio pronto reemplazada por una familia normalizada de cañones que podían disparar con más puntería y a distancias mayores. Estos cambios en cascos, mástiles y cañones llevaron a que la nueva generación de navíos españoles pudiera maniobrar y combatir de forma idéntica a los franceses. Apenas pasados unos años desde el Tratado de París, Francia y España tenían ya muy avanzada la planificación del próximo enfrentamiento con Gran Bretaña y estaban en el camino de disponer de una armada adecuada para llevar a cabo dichos planes.

El plan para la guerra que se acordó en 1767 entre ambas naciones planteaba un ataque sorpresa con una flota combinada de 140 buques de línea (80 franceses y 60 españoles) contra los 120 de Gran Bretaña.⁴⁸ La fuerza principal escoltaría un convoy de barcasas de menor tamaño

que desembarcaría los efectivos terrestres en Portsmouth y en la costa de Sussex y reduciría a cenizas componentes clave de la infraestructura naval enemiga de modo que Gran Bretaña no pudiera volver a ser dueña de los mares. El avance por tierra de la invasión se detendría ante Londres sin llegar a atacar la capital, ya que esto podría atemorizar a otras potencias europeas y desestabilizar la delicada red de alianzas de Francia. Se prefería un asalto de distracción con fuerzas francesas sobre Escocia, mientras España, por su parte, atacaría Gibraltar con el objetivo de recuperar aquel territorio estratégico que había perdido años antes.

Choiseul describió las líneas estratégicas de aquella guerra en un memorando que escribió a Luis XV.⁴⁹ Le recordaba a su rey que «había sido atacado en 1755 en América» por una nación que deseaba expulsarlo del continente. El Tratado de París era una «vergüenza». Era imposible la paz en el futuro cercano: «Inglaterra es el enemigo declarado de vuestro poder y de vuestro Estado y siempre lo será». Francia tenía que prepararse ahora para una nueva guerra con Gran Bretaña. El objetivo de esa lucha no sería destruir la nación británica, sino uno más limitado: restaurar el equilibrio de poderes en Europa. Francia no debía ya buscar enfrentarse a Gran Bretaña en el continente, lo que resultaría desestabilizador, y debía optar por intentar minar su supremacía marítima. Toda la política exterior de Francia tendría este objetivo, reforzar sus alianzas europeas –sobre todo la alianza con España– y aprovechar cualquier oportunidad de debilitar a Gran Bretaña en la escena mundial.

Hacia el final del citado memorando, el ministro francés formulaba la esperanza de que Gran Bretaña pudiera verse debilitada, no mediante un ataque directo de Francia y España, sino por el mero resultado de sus políticas coloniales en Norteamérica tras la Guerra de los Siete Años. Choiseul, con una presciencia asombrosa, anunciaba que «solo la futura revolución de América [...] postrará a Inglaterra a un estado de debilidad por el que deje de ser temida en Europa», aunque le preocupaba que «lo más probable es que nosotros no lo veamos [...] ese suceso está demasiado lejano». Su primo Choiseul-Praslin expresaba una opinión similar del recién firmado Tratado de París:

Esta paz es una época notable para la monarquía inglesa, pero su poder no es ni estable ni seguro; debe ascender o caer [...] los vastos dominios que ha adquirido recientemente pueden llevarla a su perdición [...] un día sus colonias serán lo bastante poderosas para separarse de la metrópoli y fundar un estado independiente de la corona de Inglaterra.⁵⁰

Aunque ambos hombres estaban seguros de que habría una revolución en Norteamérica y de que esta derribaría a Gran Bretaña de su altiva posición, ninguno de los dos la veía posible a corto plazo. Con todo, decidieron cubrir dicha posibilidad con el envío de un par de oficiales militares y un comerciante de vino escocés a que vigilaran, en persona, el efecto de las políticas británicas en sus colonias americanas e informaran de si había una revuelta en el horizonte o no.

AGENTES FRANCESES EN LAS COLONIAS AMERICANAS

El primero de los agentes franceses en las colonias británicas de Norteamérica, el teniente de la Marina François de Sarrebourg de Pontleroy de Beaulieu, desembarcó en Filadelfia a principios de 1764.⁵¹ Firmó con un comerciante norteamericano ponerse al mando de un buque de carga que operaba por la costa de Nueva Inglaterra y el Atlántico Medio. Gracias a su puesto de comandante de un barco podía, sin llamar la atención, realizar mapas detallados y sondear los puertos principales, así como hablar con otros comerciantes para conformar una comprensión amplia de la opinión de los colonos. Pontleroy había llegado justo en el momento en que el resplandor de las celebraciones de la victoria daba paso a muestras de descontento. Los historiadores citan a menudo una afirmación de John Shy: «Los americanos no fueron nunca más británicos que en 1763».⁵² Dicha cita está de sobra justificada: la amenaza de las fuerzas francesas se había eliminado, el potencial de expansión hacia el oeste parecía ilimitado y Gran Bretaña controlaba ahora las principales rutas oceánicas, lo que significaba más comercio para las colonias.

En julio de 1763 llegó la noticia de que una confederación de tribus nativas americanas, encabezadas por el jefe ottawa Pontiac, estaba atacando fuertes de las fronteras occidentales en respuesta a incursiones británicas muy duras. Aquello fue, para los colonos, la primera señal de que su acceso al resto del subcontinente no iba a ser gratuito. La Guerra de Pontiac, como acabó por denominarse, actuó como catalizador para que el gobierno británico publicara la Proclamación Real de 1763, con la que intentaba llevar el orden y la estabilidad a Norteamérica. Dicha ley creaba las colonias de Quebec, Florida Oriental, Florida Occidental y Granada y establecía la frontera occidental de las trece colonias originales en una línea que bajaba por los montes Apalaches. Según la orden de Londres, el territorio situado al oeste de la Línea de la Proclamación se cedía a los pueblos nativos americanos y no se podían establecer asen-

tamientos en él. Esto era una amenaza para los planes de inversión de especuladores del suelo como la Compañía del Ohio [Ohio Company] y la recién creada Compañía de la Tierra del Misisipi [Mississippi Land Company] de George Washington.

Hubo un segundo golpe al bolsillo colectivo de las colonias, en forma de impuestos. Durante generaciones, Gran Bretaña había adoptado un enfoque absentista en cuanto al gobierno de las colonias americanas, una política que después se calificó de «negligencia saludable», según la teoría de que la falta de restricciones permitía la prosperidad de las colonias y beneficiaba así al conjunto del imperio. Mientras que en 1763 el ciudadano británico medio pagaba 26 chelines anuales de impuestos (unos 200 dólares actuales), el colono medio americano apenas pagaba 1 chelín.⁵³ Los impuestos a la importación y las restricciones al comercio con otras potencias no se aplicaban en las colonias británicas americanas; de Boston a Charleston, los comerciantes hacían pingües negocios con países como España u Holanda y con sus colonias caribeñas. Las enormes deudas contraídas durante la Guerra de los Siete Años—solo el pago de intereses ya consumía el 40 por ciento de los ingresos—cambiaron el planteamiento económico del gabinete británico. Los ministros de Londres defendieron que, como la guerra se había librado en pro de los colonos norteamericanos, estos debían ahora costear el coste de su seguridad, lo que incluía el acuartelamiento de efectivos británicos en sus territorios.

Durante más de un siglo, Gran Bretaña había intentado evitar que sus colonias comerciaran directamente con otras potencias europeas mediante la promulgación de Leyes de Navegación [*Navigation Acts*] que instauraban tasas y restringían el comercio con otros países. La última de ellas fue la Ley de Impuestos Americanos [*American Duties Act*] de 1764, que los colonos rebautizaron pronto como Ley del Azúcar [*Sugar Act*]. Perseguía el contrabando, aunque también reducía el impuesto sobre el azúcar y la melaza que pagaban los colonos al importarlas de las plantaciones caribeñas británicas. Como dichos impuestos casi nunca se habían pagado hasta entonces, la recaudación más estricta que dicha ley activaba y sus medidas contra el contrabando significaban, *de facto*, una imposición de tasas y una reducción del comercio. Al mismo tiempo, el Parlamento aprobó la Ley de Moneda [*Currency Act*] que reducía la disponibilidad de papel moneda para los colonos. Dicho papel moneda se venía usando cada vez más debido a la carencia de dinero en metálico en forma de monedas de plata y oro. Estas dos leyes generaron una escasez de moneda que empeoró los efectos de la depresión posterior a la guerra.

A pesar de estas complicaciones económicas, Pontleroy informaba de que las colonias americanas eran prósperas, sus tierras productivas y sus puertos amplios y de que, en aquel momento, tenía lugar un *boom* demográfico de posguerra.⁵⁴ También mencionaba su rencor por la Ley del Azúcar, sobre todo por la repentina aparición de barcos recaudadores que acababan con el comercio caribeño, hasta entonces consentido. Los americanos estaban deseosos de librarse de estas restricciones al comercio que mermaban sus negocios. Tampoco veían ninguna necesidad de protección militar británica continuada, ahora que Francia ya no tenía presencia en el subcontinente. Los colonos estaban inquietos, concluía, y algún día se rebelarían contra su madre patria. «Inglaterra—decía— debe esperar una revolución y ha acelerado ese suceso al librar a las colonias del miedo de los franceses de Canadá».

Los colonos pronto se dieron cuenta de que la Ley del Azúcar era un avance de medidas más estrictas. A primeros de 1765, el Parlamento aprobó la Ley del Timbre [*Stamp Act*] y la de Acantonamiento [*Quartering Act*].⁵⁵ El objetivo de ambas era ayudar a obtener los fondos que hacían falta para sufragar el coste de los 10 000 soldados británicos que Londres pensaba necesarios para su protección. Mientras que la Ley del Azúcar había despertado quejas acaloradas, estas nuevas legislaciones produjeron auténticas revueltas. Ninguna de las dos imponía, en apariencia, una carga excesiva. La Ley del Timbre creaba un impuesto relativamente modesto sobre los documentos legales, revistas y periódicos que recaía en abogados y editores, sobre todo, un sector razonablemente próspero de la población. La Ley de Acantonamiento, de hecho, dispensaba a las viviendas modestas de la obligación de tener que aceptar su utilización como barracones temporales para los soldados y solo autorizaba el empleo de edificios vacíos. El punto de fricción para los colonos era que el Parlamento no debía tener derecho a imponerles impuestos (la Ley de Acantonamiento se percibía como una especie de tasa) debido a que ellos no tenían representación en la cámara legislativa: «Ningún impuesto sin representación», como había dicho el pastor John Mayhew de Boston ya en 1750. Además, los colonos americanos también proclamaban que, como no había forma práctica posible de representación de las colonias en un Parlamento situado a 5000 kilómetros de distancia, solo sus propias asambleas legislativas debían tener la capacidad de imponer impuestos y de determinar en qué emplear esos ingresos. Las leyes del Timbre y de Acantonamiento se interpretaron como actuaciones directas del Parlamento para soslayar las funciones de las asam-

bleas coloniales y como un primer paso hacia medidas impositivas futuras, sin que los colonos tuvieran representación ni dieran su aprobación. Estallaron entonces tumultos callejeros contra los impuestos en Boston (donde se saquearon las casas del gobernador en funciones Thomas Hutchinson y del distribuidor de papel timbrado Andrew Oliver), Newport y Filadelfia.

En mayo de 1765, la Asamblea de Burgueses [House of Burgesses], la cámara legislativa de Virginia, se reunió en Williamsburg para denunciar la Ley del Timbre. Un joven representante llamado Patrick Henry encabezó la acusación con unos pronunciamientos, las Resoluciones de Virginia [*Virginia Resolves*], que declaraban que solo la asamblea legislativa del estado, no el Parlamento, tenía derecho a recaudar impuestos de sus colonos. Su intervención ante la Asamblea de Burgueses comparó el movimiento contra la Ley del Timbre con la resistencia de Bruto ante César y la de Cromwell frente a Carlos I, una perspectiva que, para otros miembros de la cámara, traspasaba el límite de la traición.

Uno de los testigos presenciales de la incendiaria intervención de Patrick Henry fue Charles Murray, un representante escocés de un comerciante de vinos con sede en Londres. Después de llegar a Charleston desde el Caribe francés, a primeros de 1765, continuó hasta Nueva York haciendo numerosas paradas durante el viaje, en las que vendía barriles de vino de Madeira «de primera calidad» a clientes como George Washington.⁵⁶ Al mismo tiempo, tomaba notas sin cesar de la situación de las colonias americanas y las enviaba al gobierno francés.⁵⁷ Dichas notas, escritas en inglés y francés, no nos revelan la razón por las que se había convertido en espía de Francia, aunque, como muchos católicos escoceses, es posible que tuviera un rescoldo de inclinaciones jacobitas que le llevaban a preferir a Francia antes que a los «pérfidos ingleses». Estas notas sí que revelan, en cambio, el enfado generalizado que había provocado la Ley del Timbre entre los colonos americanos, que, de manera gradual, se iba convirtiendo en ira. Murray relata que Patrick Henry había dicho que su diatriba «debía atribuirse al interés [que tenía] por la moribunda libertad de su País, que llevaba en su corazón». También menciona a un abogado de Annapolis que, aunque era leal a la Corona, «estaba dispuesto a tomar las armas en defensa de su libertad y su propiedad». Choiseul, que, sin duda, leyó el informe de Murray, seguro que se sintió reconfortado al saber que un grupo de vecinos en una taberna de Virginia había proclamado: «Dejemos que lo malo vaya a peor, pediremos ayuda a los franceses».

La Ley del Timbre no llegó a aplicarse y el Parlamento, impresionado por la vehemente reacción de los colonos, la rechazó a principios de 1766. Al mismo tiempo, aprobó las Leyes Declaratorias [*Declaratory Acts*], que afirmaban su primacía sobre las cámaras legislativas coloniales y le daban plenos poderes para implantar impuestos en las colonias. El Parlamento volvió a meter el dedo en el ojo de los colonos al año siguiente con las Leyes de Townshend [*Townshend Acts*], cuya denominación se debe al canciller de Hacienda que propuso tasas para la entrada en las colonias de vidrio, plomo, pinturas, papel y, de forma llamativa, té: artículos, todos ellos, que solo se podrían comprar a Gran Bretaña. La irritación de los colonos creció ante los continuos ataques a sus derechos y sustentos. Aunque en esta ocasión la respuesta no fue tan rápida y violenta como ante la Ley del Timbre, el resentimiento hacia la Corona no dejaba de crecer.

De nuevo encontramos, en esta ocasión, un agente de Francia que es testigo e informa de primera mano de la respuesta de los colonos. Johann de Kalb, bávaro de nacimiento, era un oficial que había obtenido su «de» nobiliario francés sirviendo en el ejército galo de Charles-François de Broglie durante la Guerra de los Siete Años.⁵⁸ De Broglie advirtió que De Kalb, aunque no formaba parte del *Secret du Roi*, tenía la inteligencia, discreción y conocimientos de lenguas necesarios para el espionaje. En 1767 le propuso a Choiseul enviar a De Kalb a Norteamérica «para conocer las opiniones de los colonos de la América septentrional hacia Gran Bretaña y, en caso de que estas provincias prevean una ruptura abierta con su metrópoli, de qué medios dispondrían para hacer la guerra o defender su libertad».

De Kalb llegó en 1768 y empleó los primeros cuatro meses en valorar el posible clima revolucionario de las colonias, desde Filadelfia a Boston. Esta vez, la temperatura política era casi tan fría como la de los pantanos helados que De Kalb tuvo que cruzar de noche al poco de llegar a América (después de que su barco se hundiera justo frente a Staten Island). En comparación con la ardiente retórica de Patrick Henry de solo tres años antes, el sentimiento que De Kalb percibió con más frecuencia fue el de resignación. A su vuelta, en su informe a Choiseul explicaba que, en efecto, los residentes de las colonias estaban furiosos por las Leyes de Townshend, resentidos por tener que alojar soldados en sus pueblos y ciudades y descontentos por las severas restricciones a la circulación de dinero y por las limitaciones al comercio que reducían sus beneficios: todo aquello podría dar lugar a un levantamiento. «Es indudable que este país se liberará en algún momento dado»,⁵⁹ especulaba, pero seguidamente



Johann von Kalb (1721-1780). Óleo sobre lienzo (1780) de Charles Willson Peale (1741-1827).

aguaba las esperanzas que Choiseul tenía de una separación inmediata de la madre patria: dicha revolución solo podría suceder «cuando su población sea superior a la de Gran Bretaña», dentro de muchos años. Más frustrante aún fue su valoración de las posibilidades que tenía Francia de liderar la rebelión. Aunque las colonias no tenían Marina ni ar-

senales con los que emprender una contienda contra la madre patria, «nunca aceptarían ningún socorro extranjero, el cual les podría parecer sospechoso y que amenazaría a su libertad, sobre todo si viene de Francia; preferirían someterse por un tiempo al Parlamento inglés».

Choiseul, que había esperado recibir noticias de una próxima posibilidad de lucha revolucionaria liderada por Francia, no encajó bien el informe enviado por De Kalb, se negó a recibirlo a su regreso de América y le negó un ascenso ansiado por largo tiempo. Aquel informe no solo contravenía los meticulosos planes de Choiseul para fomentar una insurrección en Norteamérica: tampoco coincidía con los reportes previos de sus espías. Lo cierto es que De Kalb trasladó un sentimiento real que los anteriores agentes no habían advertido o que habían omitido a propósito; por mucho que los colonos odiaran el continuo bombardeo de impuestos y restricciones al comercio, muchos estaban aún orgullosos de ser parte del gran Imperio británico y pensaban que aquella «disputa familiar» se podía resolver con equidad. En las colonias americanas, el sentimiento de fidelidad no se amoldaba tan bien a las fronteras como parecía suceder en Europa. Choiseul, que dominaba a la perfección el tablero de ajedrez europeo, apenas comenzaba por entonces a comprender hasta qué punto iba a resultar más complicada la partida en Norteamérica.

INFORMANTES ESPAÑOLES EN LAS COLONIAS

Cada mes la partida se iba complicando más, a medida que quedaban claras las repercusiones del Tratado de París. Debido al cambio de dueño de tanto territorio, tuvieron lugar grandes desplazamientos entre las poblaciones británica, francesa y española. Desde 1763 hasta el comienzo de la Guerra de Independencia de Estados Unidos, Norteamérica fue un subcontinente en movimiento.⁶⁰ El número de inmigrantes procedentes de distintos lugares de Europa –Gran Bretaña, Irlanda, los territorios alemanes– alcanzaba cifras máximas, atraídos por la promesa de tierra, recursos y una relativa paz. Terratenientes como George Washington presionaron al gobierno británico para que abriera más territorios occidentales a la creación de nuevos asentamientos. El gabinete respondió moviendo las fronteras de las colonias bastante más allá de la Línea de Proclamación, cada vez más cerca del río Misisipi, y avasallaba poco a poco los territorios de los nativos americanos.

Más al sur, los esfuerzos británicos para poblar las dos colonias de la Florida tuvieron resultados más decepcionantes.⁶¹ España había entregado la Florida a Gran Bretaña y esta había dividido el territorio entre Florida Oriental (la península, básicamente, con capital en San Agustín) y Florida Occidental (desde el actual Mango de Florida [Florida Panhandle] hasta el Misisipi, con capital en Pensacola*). Aunque se permitió a los habitantes españoles permanecer allí y la práctica del catolicismo, la inmensa mayoría optó por emigrar a México y a Cuba. El gobierno británico otorgó concesiones de tierra para animar a la creación de asentamientos como medida de defensa frente a los territorios españoles adyacentes, pero apenas consiguió atraer a unos pocos miles de inmigrantes a cada colonia.

A diferencia de lo sucedido en la Florida, la población de Canadá prefirió en su mayoría quedarse y vivir bajo el dominio británico, aunque continuó habiendo fricciones entre su catolicismo y las políticas oficiales de la Iglesia anglicana.⁶² Sin embargo, una minoría significativa de canadienses optó por mudarse a Luisiana. Dicha migración había comenzado durante la Guerra de los Siete Años, con la expulsión de los acadios de sus tierras. La Luisiana española, con capital en Nueva Orleans, era un enorme territorio cuyo tamaño duplicaba el de las trece

* N. del T.: A lo largo de este volumen hemos optado por la forma moderna «Pensacola», pero la forma española por aquel tiempo era «Panzacola».

colonias británicas. El nuevo gobernador español, Antonio de Ulloa, veía en los franceses un sólido parapeto frente al avasallamiento territorial británico que se acercaba ya a las orillas del Misisipi, por tanto, estimuló dicha migración mediante la concesión de tierras y ayuda al transporte. San Luis, por ejemplo, se fundó en 1764 como ciudad gala en territorio español.

La ocupación británica de Florida y su avance continuo hacia el oeste, hacia el río Misisipi, constituía una amenaza estratégica para el control español de la región. En Madrid, el ministro principal, Jerónimo Grimaldi, igual que su análogo Choiseul, dependía de una red de informantes para mantenerse al tanto de las actividades británicas en América. Sin embargo, le preocupaba mucho más la posibilidad de ataques por sorpresa sobre Nueva Orleans y Luisiana que fomentar la revolución en los territorios británicos. En parte, esta preocupación se debía a que los primeros años de dominio español sobre la Luisiana estuvieron trufados de problemas políticos que aumentaron la vulnerabilidad de la colonia. El primer gobernador, Ulloa, era más un científico que un administrador y fue expulsado a la fuerza durante una rebelión contra la autoridad española. Lo reemplazó Alejandro O'Reilly, nacido en Irlanda, que sofocó de forma brutal la revuelta. En 1770, un nuevo gobernador, Luis de Unzaga y Amézaga, llevó, por fin, la colonia a cierto grado de estabilidad.

Unzaga estaba a las órdenes de Antonio María de Bucareli y Ursúa, capitán general de Cuba y la mayor autoridad militar y civil en el área norte del Caribe y del golfo de México. Juntos crearon una red de agentes que informaba de forma clandestina de los puertos, fortificaciones, guarniciones militares y movimientos navales británicos.⁶³ No se trataba de verdaderos agentes profesionales, sino más bien de pescadores, comerciantes y clérigos que podían entrar y salir de los territorios británicos sin llamar la atención. Los reportes que llegaban a Nueva Orleans y La Habana se reunían y se enviaban a Madrid y ayudaron a conformar la política española de vigilante neutralidad hacia Gran Bretaña durante la década posterior al Tratado de París.

La flota pesquera de Cuba llegó a ser un medio de obtención y transmisión de información de gran importancia. Los pescadores no solo podían observar los movimientos navales británicos por el Caribe y el golfo de México, sino que también llevaban mensajes de y hacia los informantes situados en las colonias británicas, entre ellos un grupo de sacerdotes en Florida Oriental que vigilaba lo que sucedía en San Agustín. A la vez, comerciantes cubanos viajaban con regularidad

a Pensacola y, a su vuelta, mantenían informado a Bucareli de la construcción de fortificaciones en torno a su bahía.

Unzaga, por su parte, estaba preocupado por la presencia británica a lo largo del Misisipi, cada vez mayor. Dos cuestiones animaban a los colonos a desplazarse a los valles de los ríos Ohio y Misisipi. Por una parte, no se hacía respetar la Línea de Proclamación, lo que permitía, en la práctica, que los asentamientos avanzaran hacia el oeste. Por otro lado, panfletos como el muy difundido *Estado actual de los asentamientos europeos en el Misisipi* [*Present State of European Settlements on the Mississippi*], publicado en 1770, pintaban de color de rosa la vida en los territorios occidentales. En consecuencia, carretas y balsas pronto transportaban ya a un gran número de familias a poblaciones como Natchez y Baton Rouge.

El año 1770 también trajo una crisis política que amenazaba con un estallido bélico y que obligó a la red de Unzaga a extremar su vigilancia. Tanto Gran Bretaña como España tenían pequeños asentamientos en las islas Malvinas (Falkland, para los británicos), en el Atlántico Sur. El gobernador de Buenos Aires, siguiendo órdenes de Madrid, envió un gran contingente anfibio para desalojar a la guarnición británica. Los dos países se prepararon para la guerra. Madrid recomendó a sus colonias de ultramar estar vigilantes ante un posible ataque sorpresa, pero no inició movimientos hostiles que pudieran precipitarlo. Mientras tanto, Grimaldi le pidió a Francia que cumpliera el Pacto de Familia y acudiera en su ayuda. Aunque Choiseul (que de nuevo ostentaba el cargo de ministro de Exteriores) le dio respuestas vagas, Luis XV era firme en su posición en contra de aquello. La crisis se desactivó al año siguiente, después de que España desautorizara la acción militar y pusiera a un lado la cuestión de la soberanía.

Unzaga no detectó actividades británicas hostiles a lo largo del Misisipi por efecto de la crisis de las Malvinas/Falklands, pero, de todos modos, despachó a Jean Surrirret, comerciante francés y oficial de la milicia española cerca de Baton Rouge, a Nueva York a investigar unos rumores acerca de un posible redespiegue de unidades británicas entonces acuarteladas más al norte.⁶⁴ Unzaga temía que esto pudiera ser el prelude de un asalto. Surrirret llegó en 1772 y se enteró de que Thomas Gage, comandante en jefe de las fuerzas británicas en Norteamérica, en efecto había trasladado tropas de Canadá para reforzar Nueva York, Boston, Filadelfia y otras ciudades. Surrirret descubrió que este redespiegue no estaba destinado a ame-

nazar los intereses españoles, sino que era una respuesta al malestar que se había extendido entre la población desde las Leyes de Townshend. Dicho malestar había llevado ya a la masacre de Boston, en la que tropas británicas dispararon contra una multitud de civiles y mataron a cinco personas. Aunque tanto Unzaga como los ministros de Madrid se tranquilizaron al recibir los informes, siguieron atentos al número, cada vez mayor, de soldados y barcos británicos que llegaban a Norteamérica.

FRANKLIN EN LA CABINA DE MANDO

En 1768, Johann de Kalb había visto a las colonias británicas de Norteamérica resignadas a la autoridad británica. En 1774 estaban al borde de la rebelión. Aunque el Parlamento había rechazado la mayor parte de las Leyes de Townshend, sí mantuvo el impuesto sobre el té y lo reforzó con la Ley del Té [*Tea Act*] de 1773. En diciembre de aquel año, los manifestantes de Boston respondieron con lo que las crónicas contemporáneas denominaron «la destrucción del té»,⁶⁵ arrojando un cargamento de la Compañía de las Indias Orientales al agua en el puerto de Boston. Aquel suceso despertó protestas a ambos lados del Atlántico. En Londres, la posición de varios agentes que representaban los intereses de las colonias ante el Parlamento quedó dañada sin remedio. Entre ellos estaban Ralph Izard por Carolina del Sur, Arthur Lee por Massachusetts y sobre todo destacaba Benjamin Franklin, que había sido representante de Pensilvania, Massachusetts y algunos territorios más durante los últimos diecisiete años y que había ejercido una fuerte influencia en el rechazo de la Ley del Timbre. A finales de enero de 1774, fue convocado por el Consejo Privado [Privy Council; el organismo que aconsejaba al rey] para defender ante el mismo una petición para la destitución de Hutchinson y de Oliver del gobierno de Massachusetts. Acompañado por su viejo amigo Edward Bancroft, y ataviado con un elegante traje de seda de Manchester, entró a la Cabina de Mando [*Cockpit*], la cámara del Consejo Privado en el palacio de Whitehall. En lugar de defender la citada proposición, vio cómo se le acusaba de ser el jefe de una «cábala secreta» que buscaba confrontar al pueblo de las colonias contra su gobierno legítimo. Franklin aguantó estoicamente el chaparrón durante una hora y se fue sin apenas decir palabra. Apenas unos días antes tenía la opinión de que poco a poco iba consiguiendo un «acuerdo sobre nuestras diferencias» con el Parlamento.⁶⁶ Ahora se había convencido de que aquellos ataques

personales reflejaban una intransigencia profunda del Parlamento que ningún acuerdo podría remediar.

El Parlamento, por su parte, no veía la utilidad de dichas concesiones. Su respuesta al creciente descontento colonial fueron las Leyes Coercitivas de 1774, que, entre otras medidas, cerraban el puerto de Boston al comercio, despojaban a Massachusetts de cualquier clase de autogobierno y ordenaban el acuartelamiento de tropas en pueblos y ciudades. La Administración británica ordenó a Gage que aplicara las Leyes Coercitivas y que sofocara cualquier rebelión, pues pensaba que Francia no interferiría en los asuntos coloniales británicos igual que no había apoyado a España durante la crisis de las islas Malvinas/Falkland. Las colonias americanas reaccionaron con el envío de delegados al Primer Congreso Continental, que tuvo lugar en Filadelfia en septiembre de 1774, para debatir qué acciones podrían tomarse en respuesta a aquellas leyes. También comenzaron a formar y entrenar milicias para que estuvieran preparadas en caso de conflicto.

En Francia, los hombres que habían firmado el Tratado de París no serían los mismos que iban a asistir con preocupación a la escalada del conflicto en Norteamérica. Luis XV había perdido la confianza en Choiseul tras la crisis de las Malvinas/Falklands y lo destituyó poco después. También salió del gabinete su primo Choiseul-Praslin y con ambos desapareció el rígido control que había dominado la política exterior y naval gala durante más de una década. La estrategia de revancha contra Inglaterra se vio sustituida por un planteamiento más pacífico, en el que se aminoró el ritmo del rearme naval francés y se archivaron los planes de invasión de Gran Bretaña. La crisis también había envenenado el Pacto de Familia borbónico y ahora España miraba con suspicacia todo lo que significara depender más de Francia.

En 1774, en el momento en que la situación en las colonias norteamericanas alcanzaba el punto de ebullición, Luis XV moría. Su nieto, Luis XVI, le sucedió en el trono. El nuevo rey de 19 años, pese a su acercamiento a su abuelo después de la muerte de su padre, emprendió, de todas formas, importantes cambios en el gobierno. Para el puesto de ministro principal nombró a un antiguo ministro de Marina que llevaba postergado veinticinco años, Jean-Frédéric Phélypeaux, conde de Maurepas. Al enterarse de la existencia del *Secret du Roi* por Charles-François de Broglie, el monarca lo desmanteló de inmediato y puso toda la política diplomática en manos de su nuevo

ministro de Exteriores, Charles Gravier, conde de Vergennes, el cual había sido, por cierto, miembro del Secret. Por desgracia, hubo un miembro del Secret que en gran medida no se vio afectado por la reforma, el *chevalier* d'Éon, quien aún residía en Londres y poseía los planes franceses de invasión de Gran Bretaña, ahora abandonados. Si Londres se enteraba de aquellos planes, podría desencadenarse una guerra que el nuevo rey no deseaba y para la que no estaba preparado. Al final, la solución para el problema del *chevalier* d'Éon, tramada por Luis XVI y Vergennes, llevaría a Francia directamente a la Guerra de la Independencia de los Estados Unidos.

NOTAS

1. *Gazette de France*, n.º 13 (14 de febrero de 1763); Bedford, J. R., 1842-1846, vol. 3, 190-196, 208; Evans, J., 1956. La residencia de Bedford, el Hôtel de Grimberghen, en el 16 de la *rue Saint Dominique*, se demolió en 1870 durante la renovación de París del barón Haussmann. Su localización original la ocupan hoy las oficinas del ministeriales del 244 del *boulevard Saint-Germain*.
2. Bourguet, A., 1906, 187.
3. Bedford, J. R., *op. cit.*, 149.
4. Gibbon, E., 1896, vol. 1, 28-29.
5. *Ibid.*
6. Blampignon, E.-A., 1888, 119.
7. Grivel, G., 1784-1788, 279. Acerca del equilibrio de fuerzas en la teoría y en la práctica, *vid.* Black, J., 1983.
8. Voltaire, 1769, vol. 1, 209.
9. Entre las numerosas historias sobre la Guerra de los Siete Años, he empleado de manera especial las siguientes: Dull, J. R., 2005; Baugh, D. A., 2011; Anderson, F., 2000; Szabo, F., 2008 y Waddington, R., 1899-1914.
10. Waddington, R., 1896, 21.
11. Anderson, F., *op. cit.*, 45.
12. *Ibid.*, 51.
13. Aunque esta frase es famosa desde que Voltaire la empleó en el Capítulo 23 de su novela corta *Candide*, también se sirvió de variaciones de la misma en varias cartas y ensayos.
14. Black, J., 1990, 314-316; Szabo, F., *op. cit.*, 12-15; Anderson, F., *op. cit.*, 128-129.
15. Según palabras del ministro prusiano Friedrich von Schrötter, citado en F. Szabo, *op. cit.*, 21.
16. Corvisier, A., 1979, 113-114.
17. Waddington, R., 1899-1914, vol. 3, 447.
18. Glete, J., 1993, vol. 1, 272.
19. Fernández Duro, C., 1894-1903, vol. 7, 53-58.

20. Harbron, J. D., 1988, 15.
21. Flassan, G., 1809, vol. 5, 376.
22. Blart, L., 1915, 33.
23. Rashed, Z. E., 1951, 159-200.
24. Dull, J. R., *op. cit.*, 249.
25. Gipson, L. H., 1939-1970, vol. 8, 307.
26. Bedford, J. R., *op. cit.*, 190.
27. Estos fuegos de artificio se ilustran en varias acuarelas de la colección de estampas y fotografías de la BNF: LI-72 y QB-201.
28. Riley, J. C., 1986, 12, 106.
29. Playstowe, P., 1766, portada.
30. *Vid.* Grieder, J., 1985.
31. Lennox, S., 1901, 212.
32. Damrosch, L., 2007, 472.
33. Lalande, J. J., 1980.
34. Boswell, J., 1799, vol. 1, 419.
35. Abarca, R. E., 1965.
36. Wickham Legg, L. G., 1934, 86.
37. d'Oraison, H. F., 1764.
38. Morison, M. C., 1910.
39. Stanhope, P. H., 1853-1854, vol. 5, 363-364.
40. *Vid.* Perrault, G., 1992-1996.
41. de Broglie, C.-F., 1777; Lacour-Gayet, G., 1902, 430-455; Patterson, A. T., 1960, 6-12; Kates, G., 1995, 91-94; Das, S., 2009, 4-21.
42. Perrault, G., *op. cit.*, vol. 2, 173-275.
43. Abarca, R. E., 1965, 459; Dull, J. R., *op. cit.*, 245-248.
44. Riley, J. C., *op. cit.*, 231.
45. Ferreiro, L. D., 2007, 286-287.
46. Sánchez Carrión, J. M., 2013, 236.
47. Valdez-Bubnov, I., 2011, 312-319.
48. Das, S., *op. cit.*, 18-20; Abarca, R. E., 1970; Scott, H. M., 1979.
49. Soulange-Bodin, A., 1894, 236-253.
50. Rain, P., 1945, 257.
51. d'Agay, F., 2011, vol. 2, 582.
52. Shy, J., 1998, 308.
53. Calloway, C., 2006, 12.
54. ANF Marine: B4 106, folio 144, 1763; B4 107, folio 92, 1764; B4, folio 4, 1766. Véase también Lacour-Gayet, G., *op. cit.*, 415 y Van Tyne, C. H., 1925, 24-26.
55. Anderson, F., *op. cit.*, 641-651, 664-676. Mi agradecimiento también a Michael Crawford por su conocimiento de las características de los impuestos coloniales.
56. *PGW*, vol. 7, 458-459.
57. «Journal of a French Traveller in the Colonies, 1765»; Beatty, J., 2011. El diario anónimo se descubrió en los archivos parisinos de la Marina francesa a principios del siglo XX, pero hasta 2011 no se supo que el viajero era Charles Murray, gracias a una labor detectivesca especialmente brillante de Joshua Beatty.
58. Perrault, G., *op. cit.*, vol. 3, 241-247; Kapp, F., 1884, 46-73; Zucker, A. E., 1966, 65-79.
59. Kapp, F., *ibid.*, 288.

60. Calloway, C. G., *op. cit.*, 57-61, 164.
61. Raab, J. W., 2008, 7-92.
62. *Vid.* Imbeault, S., Vaugeois, D. y Veysière, L., 2013.
63. Cummins, L. T., 1991, 6-26.
64. *Ibid.*, 22-24. Acerca del servicio de Surriret en la milicia (donde su nombre aparece a veces como Juan Suriray) *vid.* Churchill, C. R., 1925, vol. 1, 49, 93, 96, 114, 121, 123, 130; vol. 2, 326.
65. Adams, J., 1850-1856, vol. 2, 323.
66. Skemp, S. L., 2013, xi.

DESPERTA FERRO



EDICIONES

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



Finalista del premio Pulitzer en Historia

Ganador del Journal of the American Revolution 2016
Book of the Year Award

A finales de 1776, apenas seis meses después de la histórica Declaración de Independencia de Estados Unidos, la Revolución americana agonizaba. Nueva York había caído y el Ejército Continental de George Washington se batía en retirada. Filadelfia, sede del Congreso Continental, parecía tener las horas contadas. La recién nacida nación norteamericana carecía de marina, de artillería que se preciara, de preparación militar, de pólvora... y de posibilidades reales de derrotar a Gran Bretaña; al menos por sí sola.

En este exhaustivo y apasionante ensayo, Larrie D. Ferreiro demuestra que, sin el apoyo diplomático, financiero, militar y naval de España y Francia, la causa estadounidense nunca hubiera triunfado. Una intervención crucial que trocó un conflicto doméstico en una guerra global que se libró en tres continentes, de la Luisiana y la Florida españolas a las costas de Francia y de Gibraltar a la India, y que, en la pluma de Ferreiro, abandona el tradicional relato aislacionista para ganar una dimensión internacional, la de una coalición de países enfrentados a un enemigo común.

«Extraordinario [...] *Hermanos de armas* es uno de los libros sobre la Revolución americana más importantes de la década».

Dallas Morning News

«Una historia conocida, pero contada desde una nueva perspectiva. Revisionista en el mejor sentido, el libro de Ferreiro hábilmente sitúa la guerra en el contexto de las rivalidades del mundo atlántico del siglo XVIII [...] Impresionante».

The Wall Street Journal

ISBN: 978-84-120798-1-4



9 788412 079814

P.V.P.: 26,95 €

**HISTORIA
DE ESPAÑA**